LAS BIOGRAFIAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

D. ENRIQUE DE CISNEROS.

Estrenada en el teatro del Circo, á 16 de Abril de 1858.

LE PAMPHLET, comédie en deux actes, en prose, por *Ernest Legouvé* de l' Académie Française.—Représentée pour la première fois, á Paris, sur le Théâtre Français, par les Comédiens ordinaires de l' Empereur, le 7 octobre 1857.

MADRID:

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1858.

865C498
Ob

PRÓLOGO.

Han dicho algunos críticos que esta comedia no podia interesar al público español, por no ser conocido en nuestro pais el tipo odioso del libelista. ¡Pluguiera á Dios que esto fuese verdad!

Frágil memoria han de tener por fuerza los que, asistiendo á la representacion de Las Biografias, *no recuerden que de veinte años á esta parte han escandalizado á la sociedad española innumerables libelos, abortados unos por prensas clandestinas en épocas de represion, y pregonados otros á grito herido en periodos revolucionarios.*

Lo que puede sostenerse con algun viso de razon, es que el torpe oficio de libelista no se ha elevado en nuestro pais al rango de profesion literaria; pero basta que exista el mal para que sea conveniente presentar en el teatro un ejemplo vivo de su trascendencia.

El público, juez inapelable en estos casos, ha manifestado una opinion diametralmente opuesta á la de los críticos: aplaudiendo todas las noches con insistencia y entusiasmo las escenas capitales de los actos segundo y tercero, ha dado á entender claramente que conoce y ódia al libelista, y que le interesa la obra dramática.

Réstame consignar aquí mi responsabilidad por las alteraciones que he introducido en la comedia de Mr. Legouvé, distribuyendo la accion en tres actos, dándole mayor ensanche por medio de nuevas peripecias, suprimiendo algunos detalles, cambiando otros, procurando en fin acomodarla al gusto y á las exigencias de la escena castellana. Creo, no obstante, haber ejecutado estas modificaciones sin menoscabo de la forma clásica de la obra, ni de su nobilísimo pensamiento.

Madrid 24 de abril de 1858.

E. de Cisneros.

LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA ISABEL DE AUREIRO.	Doña Teodora Lamadrid.
LA MARQUESA DE URREA. .	Doña Mercedes Buzon.
VICENTA.	Doña Felipa Orgaz.
DON SANTIAGO DE URREA..	Don Joaquin Arjona.
PEDRO VILLAR.	Don José Garcia.
DON ENRIQUE DE URREA. .	Dod Victorino Tamayo.
UN CRIADO.	Don N. Serrano.

La escena es en Lisboa.—El teatro representa un gabinete elegante. Puerta en el fondo, y otras dos laterales. Junto al primer bastidor de la izquierda habrá una ventana, y delante de ella una mesita con escribanía. Enfrente una chimenea, sobre cuya repisa habrá una copa de bronce, y en la pared de encima un grabado, que representará un castillo. Entre la ventana y la puerta de la izquierda un cuadro al óleo. En el proscenio, á la derecha, un velador y una butaca.

Pertenece á D. Enrique de Cisneros la propiedad de esta obra; y nadie sin su licencia podrá representarla ni reimprimirla en España y sus posesiones. Llevan todos los ejemplares marcas secretas.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 13 de Abril de 1858.

El Censor de Teatros,
Antonio Ferrer del Rio.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON SANTIAGO *entra por la puerta del fondo, seguido de* VICENTA.

SANT. Nada de eso tiene que ver con la cuestion.
VIC. Oigame usted, caballero!
SANT. Oigame usted á mí!
VIC. (*Procurando dominar su enfado.*) Bueno: hable usted... Ni la paciencia de un santo!...
SANT. Punto en boca! Dígame usted, no vive aquí una señora jóven y bella, que se llama doña Isabel de Aureiro?
VIC. Mi señorita.
SANT. No es hija del difunto coronel Aureiro, bizarro defensor del castillo de Ponto en la guerra de la Independencia?
VIC. Sí, señor; hija única.
SANT. Y esta preciosa casita, situada á orillas del mar, no constituye todo su patrimonio?
VIC. Sí, señor; todo su patrimonio.
SANT. Y no es cierto que doña Isabel, por causa de la larga enfermedad de su madre, se vé precisada á mudarse á otra casa mas reducida, alquilando esta con todos sus enseres en la cantidad de doscientas coronas?
VIC. Es verdad; pero no sé, caballero, á donde vá usted á parar con este interrogatorio!...
SANT. Y es posible que doña Isabel tenga corazon para dejar una casa y un jardin, que tanto deben recordarle el puro y casto amor que profesa al marquesito de Urrea?
VIC. Harto le pesa á la pobrecita de mi alma!... Pero, á usted qué le importa?
SANT. Ya vé usted, señora Vicenta, que estamos de acuerdo, que nos

entendemos perfectamente. Con que, lo dicho, me quedo con la casa.

VIC. Pero no le he dicho á usted veinte veces que está ya alquilada? Sí, señor: alquilada! alquilada!

SANT. Lo sé, lo sé... lo sé!

VIC. Por lo tanto...

SANT. Por lo tanto, me quedo con la casa.

VIC. Hase visto empeño mas singular? Querer instalarse en una casa contra la voluntad de los que la habitan!

SANT. No hay otro medio, toda vez que los que la habitan no me la ceden de buen grado. Con que decíamos, señora Vicenta, que esa ventana cae al jardin...

VIC. (*Encolerizada.*) Lo que decíamos es que esta casa pertenece desde hoy á un caballero, que vive en la inmediata, y que vá á unir ambas viviendas por medio de una puerta. El precio del arrendamiento está ya estipulado, entregado y recibido en dinero contante y sonante. Lo oye usted?

SANT. Que si lo oigo! Qué duda cabe? (*Saca un bolsillo.*) Con que, si á usted le parece, contaremos...

VIC. (Este hombre se ha propuesto hacerme perder el juicio!) (*En voz muy alta.*) El inquilino me ha dado ya su dinero!

SANT. Se lo devuelve usted.

VIC. Le he dado palabra solemne...

SANT. Se vuelve usted atrás. Hoy dia se vuelve atrás todo el mundo. (*Empieza á contar el dinero.*) Ochenta, noventa...

VIC. (*Muy irritada.*) Pues no se pone á contar el dinero!... Esto pasa de raya!... Solo faltaba que tomase usted asiento...

SANT. Dice usted bien: estaré mas cómodo. (*Se sienta á la derecha, y sigue contando sobre la mesita.*)

VIC. Uf!...

SANT. Ciento cincuenta, ciento sesenta... (*A su interlocutora.*) Ha sido una fortuna que yo no haya perdido anoche en el juego estas doscientas coronas.

VIC. Y qué tengo yo que ver con eso?

SANT. Nada absolutamente, pero voy al decir: anoche me pelaron de lo lindo!

VIC. Qué hombre tan impertinente! Salga usted de esta casa!

SANT. La perdono á usted, porque no sabe lo que se dice. Usted, sin darse cuenta de ello, me quiere con toda su alma; y si pronunciase yo una palabra, si dijese por qué tomo en arrendamiento esta vivienda, me daria usted un abrazo y un millon de besos... Yo los esquivaría por supuesto! Sin embargo, usted procuraría dármelos.

VIC. Por última vez, señor mio: se retira usted, sí ó no?

SANT. (*Levantándose.*) Ya me voy, dulce paloma; ya he acabado mi cuenta.

VIC. Gracias á Dios!

SANT. Sí, las doscientas coronas están cabales.

VIC. Dale bola! No, pues no se ha de burlar usted de mí. Ahora veremos... (*Vase por la izquierda.*)

SANT. Pobre Isabelita! Con este dinero atenderá á la curacion de su madre, sin verse precisada á desalojar su casa. Hoy mismo le escribiré una esquela concebida en estos términos: «Señorita, sírvase usted continuar habitando su morada hasta mi regreso de un viaje...» Por supuesto sin decir que me voy á América. A fé mia, Santiago, que este es el primer dinero que has empleado bien en toda tu vida!

VIC. (*Volviendo á entrar.*) Aquí viene el señor marqués de Urrea.

SANT. (*Sobresaltado.*) Enrique!...

VIC. A esta hora hace su visita diaria á mi señorita; con que veremos si se atreve usted á insistir...

SANT. (Oh, no!... Se enojaria mucho!... No quiere que yo venga aquí...) Tome usted, buena mujer, tome usted su dinero. (*Queriendo darle el que ha contado.*)

VIC. Ya he dicho á usted que no lo quiero! (*Retirándose hácia la derecha.*)

SANT. Es preciso que usted lo tome!

VIC. No lo quiero, pícaro!

SANT. No lo quiere usted? Peor para mí y para doña Isabel!... Voy á perderlo al treinta y cuarenta. Abur. (*Vase por el fondo.*)

VIC. Por fin me veo libre!... (*Dirigiéndose al fondo.*) Segura estaba yo de no tomar tu maldito dinero!

ESCENA II.

ENRIQUE, *que entra por la izquierda.*—VICENTA.

ENR. Dónde está Isabel?... Puedo verla?... (*Reparando en la agitacion de Vicenta.*) Qué tiene usted, señora Vicenta?

VIC. Nada; que ha estado aquí un loco...

ENR. Y qué queria?

VIC. Friolera! Queria tomar en arrendamiento esta casa, que está ya alquilada.

ENR. Cómo! Se verificó ya el traspaso? Tiene Isabel valor para desprenderse de estos muebles, para abandonar esta casa, donde nos vimos la vez primera?

VIC. No hay remedio! La enfermedad de su madre ha agotado todos sus recursos... Mi pobre señorita no se reserva mas que algunos objetos, que usted le ha regalado, y esa estampa que representa uno de los mas heróicos hechos de su padre, la defensa del castillo de Ponto!

ENR. Y por qué no me permite rescatar estos bienes?

VIC. Porque le ama á usted, y no puede ser su esposa. (*Enrique hace un movimiento de disgusto.*) ¡Oh, doña Isabel lo sabe demasiado! No es únicamente su madre de usted quien se opone á este enlace; lo reprueba asimismo su tutor de usted, su respetable tio don Agustin de Silva... Sabemos que ha dicho mil veces que nunca se verificará semejante boda.

ENR. Eso lo veremos! Pero, dígame usted, señora Vicenta, quién es ese hombre que ha venido aquí á arrebatarme todos mis recuerdos?

VIC. No le conozco: he cerrado el trato con su tapicero, que es quien ha visto la casa y los muebles.

ENR. Dígame usted al menos cómo se llama el nuevo inquilino.

VIC. Ni yo he preguntado su nombre, ni él el de mi señorita.

ENR. Pero en qué se ocupa? Ejerce alguna profesion?

VIC. No lo sé. Ahí viene.

ENR. Tan pronto?

VIC. Vendrá á dar un vistazo á la habitacion, porque á la caida de la tarde le hemos de entregar la casa.

ESCENA III.

Dichos.—VILLAR *entra por el fondo seguido de un tapicero.*

VILL. (*Al tapicero.*) Queda usted enterado? (*Viendo á Enrique.*) (Ah, este debe ser el dueño de la casa!) Perdone usted, caballero, que venga á molestarle...

ENR. No lo crea usted!

VILL. Tengo que dejar colocados los muebles esta tarde. Me permite usted que concluya?

ENR. Usted es muy dueño!... (Me disgusta esa cara.)

VILL. (*Al tapicero.*) Tome usted bien las medidas, y no olvide que hay que colocar aquí, en esta pared, todas mis armas.

ENR. (Sus armas?... Es militar.)

VILL. (*Al tapicero.*) Allí una mampara, que dé paso á mi escritorio.

ENR. (Su escritorio?... Ah! es comerciante.)

VILL. A este lado el piano y el caballete.

ENR. (Caballete, piano?.... Es artista.)

VILL. Y aquí mi estantería de ébano... Ya he dicho á usted que en cada una de las veinte y siete divisiones ha de colocar una de las letras del alfabeto.

ENR. (Veinte y siete divisiones?...) (*A Villar.*) Caballero... á mi vez le voy á parecer á usted indiscreto...

VILL. Indiscreto?

ENR. Sí: yo no soy mas que un amigo de la casa... Pero confieso á usted que... ese piano, esas armas y ese alfabeto...

VILL. Le confunden á usted, no es cierto?

ENR. Caballero, sentiria...

VILL. (*Sonriéndose.*) Sea usted franco: usted tiene curiosidad por saber mi profesion.

ENR. Es verdad.

VILL. Profesion bastante estraña en efecto, y sobre todo muy nueva!... Profesion cuya materia prima es poco costosa: se reduce á dos instrumentos, una pluma y una espada. Profesion para la cual se necesitan audacia y travesura, talento y valor.

ENR. Y se necesita tambien modestia?

VILL. Modestia?... Para qué sirve eso, cuando tiene uno por colaboradores á los principales soberanos del mundo?

ENR. Cómo se llaman esos soberanos?

VILL. Se llaman vanidad y envidia. Conoce usted otros mas poderosos? (*Se dirige á la izquierda del fondo.*)

ENR. Ah, con que esos son los colaboradores?... (*Pasa á la derecha.*) En fin, caballero, por favor, qué es usted?

VILL. (*Bajando á la izquierda del proscenio.*) Soy biógrafo.

ENR. Biógrafo!... Escritores hay que han elevado la biografía á la altura de la historia: el arte de retratar á los grandes hombres en la vida privada, con los detalles del carácter y de las costumbres, constituye una de las glorias de nuestro siglo.

VILL. De todos los siglos!... Plutarco era biógrafo.

ENR. Desgraciadamente todos los biógrafos no son Plutarcos. Desde hace algun tiempo se ha formado en Lisboa una escuela de escritores, que esplotan la biografía en grande escala. Biografías del ejército, biografías del alto clero, biografías de la magistratura, biografias del comercio, de la industria, de la administracion, de las bellas artes... Oh, es una verdadera plaga! Por supuesto que en las tales biografías se embute todo... menos la verdad.

VILL. Basta, basta, caballero!... Pudiera darme por ofendido.

ENR. No me refiero á usted!...

VILL. Ya veo que usted alude á ciertos escritorzuelos... Bah! todo eso pertenece al melodrama, al género falso; en cuanto al verdadero, es decir, la comedia...

ENR. La comedia?... Tambien la conozco. Me permite usted que se la refiera?

VILL. Sí, señor; diga usted. Yo tomarè mis apuntes.

ENR. Pues bien, esta es la comedia. Estoy yo en mi casa sentado junto á la chimenea; entra un hombre y me saluda con suaves maneras y modesto continente. Toma asiento en la silla que le ofrezco, y me dice que tiene á su cargo una grande obra biográfica, para la cual necesita el resúmen de la vida de un hombre como yo; que su trabajo quedaria incompleto sin un artículo sobre un hombre como yo; y que viene á pedirme algunas notas, porque no hay derecho para ser inexacto, tratándose de un hombre como yo! Comprometido por tan lisonjeras atenciones, le doy lo que desea; y en efecto, quince dias despues aparece mi biografía. En ella elogia mi talento, elogia mis virtudes, elogia mi carácter... Qué libro tan encantador! Apuro aquel néctar, saboreo aquella ambrosía; y, al llegar á la última página, tropiezo con un papelito color de rosa, modesto como su autor... Tomo y leo lo siguiente: «He recibido del señor don Fulano de Tal cien ducados...» Mi biografía es una carta de pago.

VILL. (*Riéndose.*) Algo hay de eso!

ENR. No lo he dicho todo. Devuelvo indignado el elogio y el recibo á su autor. Qué sucede entonces? Que al cabo de otros quince

dias aparece una nueva biografía de mi humilde persona... Pero oh dolor! la apoteosis se ha convertido en libelo.

VILL. (*Riéndose.*) Sí, á veces!...

ENR. El autor anónimo de mi segunda historia me llama torpe, ignorante, desconceptuado... Qué sé yo?

VILL. (*Sin dejar de reirse.*) Famoso, famoso!... Hay en esa pintura toques magistrales... Pero el cuadro no está completo: se le olvida á usted la mitad.

ENR. La mitad?

VILL. Por lo menos! Verá usted: un biógrafo, yo por ejemplo, estoy en mi casa sentado junto á la chimenea; entra un sugeto de noble fisonomia y altivo continente. Toma asiento, y me dice que se ha enterado de que estoy escribiendo una grande obra, en la cual tendrá él por fuerza su sitio señalado. Se trata de la biografía de los hombres eminentes de Portugal. Mi interlocutor me dice que él no quiere elogios... Nada de eso! Que únicamente desea iluminarme, facilitándome algunas breves notas... algunas fechas... Nada mas! Yo acepto, dándole las gracias; mi hombre se retira, y al dia siguiente me remite las notitas... Un cuaderno de veinte y cinco páginas llenas de elogios á su carácter, á sus virtudes, á su valor, etc., etc. Como documento justificativo de todas esas alabanzas, me envia dentro del cuaderno dos billetes de banco, que yo acostumbro devolver... algunas veces!

ENR. Todo eso es increible!

VILL. Increible?... Oigame usted: hace poco rato me hablaba usted de mis veinte y siete letras del alfabeto. Pues bien, á cada letra corresponde una série de nombres... Debajo de cada nombre voy escribiendo lo que averiguo respecto á la persona que lo lleva.

ENR. Ah, para eso le sirve á usted su estantería!

VILL. Justamente. Por este medio reuno gran porcion de datos acerca de mucha gente. Puede usted convencerse por sí mismo: yo no tengo el honor de conocer á usted, pero estoy seguro de que poseo muchas noticias relativas á su persona.

ENR. (*Con altivez.*) Y qué sabe usted, caballero, acerca del marqués de Urrea?

VILL. Ah! Conque usted es el señor marqués de Urrea... capitan de caballería, caballero de la órden de Cristo, sobrino de don Agustin de Silva... Tiene usted su carpeta.

ENR. Puedo preguntar á usted el contenido de esa carpeta?

VILL. Que si puede usted preguntármelo? Sí, señor! Pero yo no puedo contestarle.

ENR. Por qué?

VILL. Porque yo no hablo... Escribo! (*Pausa.*) Y sabe usted, caballero, quién me facilita datos sobre todos mis personages?

ENR. Quién?

VILL. Lo malo me lo dicen sus amigos íntimos, y lo bueno ellos mismos.

ENR. Usted presta atencion á los mismos interesados?

VILL. Hago mas: les interrogo, les obligo á decir todo lo bueno que piensan de sí mismos... Despues, cuando me dejan solo, escribo precisamente lo contrario de lo que me han dicho, y resulta siempre la verdad.

ENR. Pero ese sistema debe proporcionarle á usted algunos enemigos.

VILL. Muchos! Los enemigos constituyen la mitad del talento. Nunca se escribe mas á gusto que cuando se ataca á alguna persona.

ENR. Y si esa persona no lo tolera?

VILL. Qué diablos!... En ese caso... se la mata. Qué quiere usted, caballero? De alguna manera hemos de vivir! (*Vicenta y el tapicero, que han estado en el pasillo del fondo, durante el anterior diálogo, bajan hasta el centro del escenario.*)

VIC. El tapicero desea saber si tiene usted que darle mas encargos.

VILL. (*Al tapicero.*) Están tomadas las medidas? Véngase usted conmigo. (*Va á salir.*)

VIC. (*Deteniéndole.*) Caballero, hay aquí algunos muebles, algunos objetos, que mi señorita desearia conservar en su poder.

VILL. Sepamos cuáles son.

VIC. (*Sacando un papel.*) Aquí tiene usted la lista.

VILL. Bien, voy á examinarla. (*Al tapicero.*) Aguárdeme usted en el recibimiento.

ENR. (*En voz baja á Vicenta, mientras que Villar recorre el papel con la vista.*) Averigüe usted el nombre de este sujeto.

VIC. Asi lo haré. (*Vase con el tapicero por la puerta del fondo.*)

VILL. (*Leyendo.*) «Una copa de bronce, modelo antiguo...» (*Señalando al vaso colocado sobre la chimenea.*) Aquí está. (*Examinándolo.*) Hermosa forma en verdad! (*Sigue leyendo.*) «Un paisage de Cárlos Haes.» (*Mirándolo.*) Este es. Obra parece de la naturaleza! (*Vuelve á leer.*) «Un grabado que representa la defensa del castillo de Ponto!...» (*Dando un grito de cólera.*) El castillo de Ponto!... (Que haya de tropezar en todas partes con mi hombre!...)

ENR. (*Señalando al grabado.*) Hélo aqui, caballero... Parece que tiene usted noticia de ese brillante hecho de armas.

VILL. (*Con ironía y amargura.*) Ya lo creo!... Quién no le conoce, aunque no sea mas que por este grabado?... (*Acercándose al cuadro.*) Sí, la topografía es exacta... Y ese militar... que está de pié junto á la poterna, semejante á un héroe de la antigüedad... debe ser sin duda el ilustre defensor de la fortaleza... el coronel Aureiro!

ENR. El mismo! No estrañará usted, por consiguiente, que la señora de esta casa...

VILL. Estime el grabado?... Cómo lo he de estrañar! (*Con énfasis irónico.*) La defensa de Ponto!... Una de las mas brillantes páginas de nuestra historia!... El coronel Aureiro!... Uno de los nombres mas gloriosos de la guerra de la Independencia! Puede usted decir á la señora de la casa que tiene á su disposicion todos los objetos apuntados en esta lista, inclusa la defen-

sa del castillo de Ponto! (*Saludando.*) Señor marqués!...

ENR. (*Devolviéndole el saludo.*) Caballero!... (*Vase Villar por el fondo.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE.

Quién es este hombre?.... Qué fisonomía tan grosera! Qué espresion tan cínica! Al hablar del coronel, iban envueltos sus elogios en un acento de ira sorda, casi de rábia!... Sería enemigo del coronel? Pensará deslustrar su memoria?.... ¡Ah!... La idea de que semejante hombre habitará la casa de mi Isabel... el templo de nuestro amor... Oh, yo no puedo soportar esta idea!

ESCENA V.

ENRIQUE.—ISABEL, *por la derecha.*

ISAB. Qué exactitud!

ENR. Ah, Isabel, te vuelvo á suplicar que no traspases esta casa, que no te despojes de estos muebles, que no vendas estas dulces memorias.

ISAB. Hago lo que debo, Enrique... Todo por la salud de mi madre.

ENR. De tu madre? No la amo yo tambien? No comparto contigo su asistencia? Pues bien, déjame obrar como hijo suyo... Como si fuese tu hermano!... Concédeme licencia para rescatar estos bienes.

ISAB. Imposible!

ENR. Lo imposible es que tú no aceptes!

ISAB. Te equivocas, debo ser orgullosa contigo! Soy pobre!...

ENR. Si me amases de veras, no tendrias ese orgullo!

ISAB. Ah! Con que yo no le amo á usted?... Vuelva usted á decírmelo, aquí, mas cerca, y mirándome de hito en hito. Repita usted esas palabras!

ENR. (*Besándole una mano.*) Perdona, Isabel mia!

ISAB. Tú verás si te amo de veras el dia que...

ENR. Qué dia?

ISAB. Préstame atencion; esta es la hora de nuestra plática diaria.

ENR. Sí, la única que me concedes. Una hora cada dia! Como si bastase tan corto tiempo!... Qué nos hemos de decir en una hora?

ISAB. (*Sentándose.*) Ea, siéntate á mi lado, y empleemos la hora de hoy en hablar de cosas formales.

ENR. Me conformo siempre que no me tomes en cuenta estos sesenta minutos.

ISAB. Oyeme.

ENR. No te he de oir? Con delicia!... Pero repito que esta hora no vale.

ISAB. Bien, no valdrá! Cuento con que has de estar grave y sério.

ENR. Grave y sério estaré, como alguacil en procesion! Empecemos.

ISAB. Bien te acordarás, Enríque, de la primera vez que nos vimos... hace tres años... Sí, tres años hace que nos amamos!...

ENR. Tres años que han pasado en un soplo! Tres años, durante los cuales no he dejado ni un momento de dar gracias á la Providencia!...

ISAB. (*Sonriéndose.*) Llamas á eso estar grave y sério?

ENR. Tú tienes la culpa!... Te parece que yo puedo permanecer frio como una estátua, cuando tú me dices: ¡nos amamos!

ISAB. Es verdad! Confieso mi error. (*Con malicia.*) No te lo diré mas! (*Continuando su discurso.*) Cuando, por muerte de tu hermano mayor, heredaste el marquesado de Urrea, yo debí romper nuestras relaciones, huir de tí, Enrique!... Veia yo en ese título un nuevo obstáculo, que tu familia opondria á nuestro proyectado enlace; pero no sintiéndome con fuerzas para dejar de verte, busqué pretestos con que engañarme á mí misma. Consideré que seria una ingratitud prohibirte la entrada en esta casa, cuando tanto esmero habias puesto en asistir á mi pobre madre. Tambien se me ocurrió que, si no podia ser tu esposa, me seria permitido, á lo menos, llamarme hermana tuya... La verdad es que tú necesitabas entonces una hermana cariñosa, que te guiase... y te diera consejos...

ENR. Y ahora no la necesito?

ISAB. (*Sonriéndose.*) Oh, ahora no necesitas á nadie! Eres perfecto.

ENR. Te burlas?

ISAB. En aquella época eras tan aturdido, tan loco!...

ENR. Y tú tan juiciosa, tan noble, tan simpática!... Qué efecto me causaron tus palabras, cuando me dijiste que un oficial, que llevaba el apellido de Urrea, no debia contentarse con ser valiente, que debia aspirar á ser instruido...

ISAB. (*Con alegría.*) Y, de resultas de esa conversacion, empezamos á leer juntos capítulos enteros de los grandes historiadores militares... Por supuesto, sin comprender yo una palabra!... César, Polibio... Qué sé yo?

ENR. Y cuando pusiste en mis manos la vida de mi heróico abuelo don Alfonso de Urrea... Te acuerdas?... Me dijiste «procura imitarlo!» Oh, bien comprendias aquel libro, porque habia en tu voz, en tus miradas!...

ISAB. (*Interrumpiéndole.*) No, sino que... Ya sabes tú!... Algunas veces me dices sonriéndote que se conoce á leguas que soy hija de un coronel... que tengo un corazon valiente!... Quizás no te equivocas!... Pues bien; he jurado dedicar mi corazon á engrandecer el tuyo... Este amor, que para mí es un tormento, será para tí un gran bien, porque me he propuesto hacerte digno de esa familia que me rechaza... digno de esa sociedad que no ha de ser la mia...

ENR. Isabel!...

ISAB. Oh, este pensamiento me ha arrancado muchas y muy amargas lágrimas!... Pero, en medio de mi dolor, tengo un gran consuelo... El de saber que he hecho por tí... lo que jamás haria ninguna otra mujer!.. Asi, pues, cuando te distingas en la sociedad, cuando ilustres tu nombre, te dirás á solas: «A Isabel se lo debo!...» Y el dia en que... otra mujer mas dichosa... (*Rompiendo en llanto.*) Ah, Enrique mio, cuando llegue ese dia... compadece á tu pobre Isabel... que será muy digna de lástima!...

ESCENA VI.

Dichos.—VICENTA, *por la puerta del fondo.*

VIC. Señorita Isabel!...

ISAB. Qué hay?

VIC. Dios mio!...

ISAB. Habla!

VIC. Ahí esta la marquesa de Urrea!

ENR. Mi madre!

ISAB. Qué oigo!

VIC. Viene detrás de mí.

ISAB. Enrique, tu madre en mi casa!...

ENR. Nada temas, Isabel, estando yo aquí.

ISAB. Pero á qué viene?.. Con qué objeto?.. Yo no la he visto jamás!

ENR. Silencio!... Mira. (*Se adelanta á recibir á su madre, y le besa la mano.*)

ESCENA VII.

Dichos.—LA MARQUESA, *por la puerta del fondo.*

MARQ. La señorita doña Isabel de Aureiro?...

ISAB. (*Temblando.*) Servidora de usted, señora marquesa.

MARQ. Está visible su madre de usted?

ISAB. Mi madre está enferma...

MARQ. Pues hablaré con usted, que es la persona mas interesada en el asunto, que me trae á esta casa. Con que si no le sirve á usted de molestia...

ISAB. De ningun modo!... (*Hace una seña á Vicenta, la cual da una silla á la Marquesa, y vase. Isabel toma asiento cerca de su interlocutora.*)

ENR. (Qué irá á decir?... Oh, diga lo que quiera, mi determinacion es irrevocable!) (*Se sienta á la izquierda.*)

MARQ. Señorita, usted ama á mi hijo?

ISAB. (*Levantándose y haciendo una breve pausa.*) Sí, señora, hace tres años! (*Vuelve á sentarse.*)

MARQ. Mi hijo la ama á usted...

ENR. (*Con precipitacion.*) Sí, madre mia, y la amaré siempre!

MARQ. Enrique, ten la bondad de no interrumpirme. Señorita, mi hijo posee un rico patrimonio, y usted carece de bienes de fortuna. Creo que usted es hija...

ISAB. (*Con arrogancia.*) Del coronel Aureiro, señora!

MARQ. Sí, un valiente militar, que murió hace algunos años; lo sabia... Pero mi hijo es marqués de Urrea y grande de Portugal... Señorita, usted no puede ser su esposa.

ENR. (*Levantándose impetuosamente.*) Lo será!

MARQ. Enrique!

ENR. Perdon, madre mia!... Ya lo ha oido usted, Isabel me ama; y en cuanto á mí, bien sabe usted que mi amor no es un capricho pasagero! Me ordenó usted que emprendiese un largo viaje, la obedecí... Por ventura, he vuelto menos enamorado? Quiso usted aturdirme con las fiestas cortesanas... Y qué ha sucedido? Placeres, locuras, todo se ha estrellado en la roca de mi amor! Ah madre mia, por la memoria del amor que inspiró á usted mi padre, tenga usted compasion del que arde en el pecho de su hijo!... Mas si usted desoye mis súplicas, ya le he dicho esta mañana, y le repito ahora que me acordaré de que pronto cumplo veinte y cinco años, y de que á esa edad seré dueño de mis acciones. (*Isabel se levanta con sorpresa y disgusto.*)

MARQ. (*Levantándose.*) Sí, señorita; así me lo ha dicho, y por eso he venido á verla á usted. Mi hijo me ha declarado que, si le niego mi consentimiento, me obligará con la ley en la mano á otorgárselo.

ISAB. Crea usted, señora...

MARQ. Voy á hacer á usted una sola pregunta: está usted decidida á permitir que Enrique me imponga el precepto de la ley? Dígamelo usted con franqueza, y si su respuesta es afirmativa, cuente usted con que, para librarme de un insulto y para evitar á mi hijo lo que considero como un crímen, al instante consentiré en la boda.

ISAB. Cómo, señora?... Usted quiere?

ENR. Madre mia!

MARQ. Hable usted, señorita. Quiere usted entrar en mi familia, á pesar mio? Sí, ó no? Responda usted con entera libertad.

ISAB. (*Con voz temblorosa.*) Señora marquesa, amo á Enrique con toda mi alma, y pongo á Dios por testigo de que no he ambicionado su título ni su grandeza; pero tengo madre, y me estremece la idea de que un hijo infiera un ultrage á su madre. Renuncio, pues, al amor de Enrique!

ENR. Isabel!

MARQ. (*Con alegria.*) Con que me asegura usted que jamás?...

ISAB. Jamás, señora marquesa!

MARQ. (*Con efusion de júbilo.*) Ah, ven, Isabel; ven á mis brazos, hija mia! (*La abraza.*)

ENR. Qué oigo!

MARQ. (*A su hijo.*) Ingrato, segura estaba yo de que esta niña valia mas que tú!

ISAB. Qué dice usted?

MARQ. Digo... que soy la mas dichosa de las madres!... Digo que tu sublime rasgo me ha desarmado por completo!

ISAB. Pero señora?... Si parece un sueño!... Qué he hecho yo para conseguir tanta ventura?

MARQ. Me preguntas qué has hecho? Pues bien; yo te lo diré. Durante algun tiempo he considerado como una desgracia el amor que te profesa mi hijo, y no hace todavia un mes que estaba resuelta á oponerme á vuestro enlace; pero de improviso comenzó á desvanecer mi error un testimonio tan estraño como irresistible.

ISAB. Qué testimonio?

MARQ. El de... Vais á sorprenderos! El del hombre mas perdido de Lisboa, mi sobrino don Santiago de Urrea.

ENR. Mi primo!

MARQ. El ha sido quien ha abogado por Isabel, pero de qué manera! «Usted desdeña á esa jóven, me dijo con energía, usted la des»deña, porque ignora que, sin el influjo de su amor, Enrique »valdria hoy tanto como yo. Sí: yo le pervertia, ella le ha »salvado!»

ENR. Es verdad!

MARQ. »Quién, añadió, ha movido á Enrique á seguir las huellas de su »padre? Isabel! Quién le ha apartado de mi compañia? Isabel! »Quisiera aborrecerla, y á pesar mio la respeto y la venero.

ENR. Pobre Santiago!

MARQ. Semejante elogio me causó una impresion profunda. Procuré observar á Enrique con mas atencion, y noté que, siempre que salia de esta casa, sus arranques eran mas nobles, mas levantados sus pensamientos. Le ví convertirse á tu lado en el hijo que yo habia pedido al cielo! Desde entonces mi corazon quedó subyugado... Te amé y te bendige!

ENR. Por qué, hasta ahora, no me ha revelado usted su pensamiento?

MARQ. Porqué no era yo el único obstáculo que habia que vencer. Mi hermano don Agustin de Silva, que comparte conmigo tu tutela, me está diciendo siempre: «Aguarda, aguarda; ya verás en lo que para esa decantada virtud á las primeras de cambio.» Ahora ya puedo contestarle: esto ha hecho Isabel!... Y si todavia persiste en su tema, me pasaré á vuestro campo, y combatiremos juntos.

ENR. (*Besándole las manos.*) Oh, madre mia; cuánta bondad!

MARQ. (*Sonriéndose.*) Sí, eso es; bésame ahora las manos... (*A Isabel.*) No has visto con qué furia me hablaba hace poco? (*Riéndose.*) Estoy segura de que me detestaba! (*Enrique hace un movimiento.*) Estás perdonado. Ea, hijos mios, vamos á dar un golpe decisivo.

ENR. }
ISAB. } Cómo!

MARQ. (*A Isabel.*) Díme: tu padre no recibió el hábito de Santiago, por la defensa del castillo de Ponto?

ENR. Sí, señora; y además una carta del difunto rey don Juan, llena de espresiones afectuosas y altamente honoríficas.

MARQ. (*A Isabel.*) Pues bien, esta noche irás á mi casa, donde tendremos una pequeña reunion de familia.

ISAB. (*Con temor.*) Yo, señora?...

MARQ. Nada temas; saldré yo á recibirte, y te presentaré á mis deudos. Lleva la carta del Rey: se la daremos á leer á mi hermano que aprecia, como es debido, esas honrosas distinciones. Espero que, al ver tan ensalzado el nombre de tu padre, quedará satisfecho el orgullo del comendador.

ENR. Qué me place! Esta noche, la presentacion: mañana, los esponsales...

MARQ. Eh, despacito!... Todavía no hay que cantar victoria.

ENR. (*Con grande alegría.*) Esta noche!.... Oh, qué largo se me vá á hacer el dia!

ISAB. (*Poniéndole la mano en la boca.*) Quieres callar?

ENR. Tendré paciencia... Ah! voy á convidar á mi primo Santiago.

MARQ. Nada mas justo. Hace ocho dias que el comendador le ofreció pagar sus deudas, siempre que renunciase á elogiar á Isabel. No aceptó!

ENR. Ah, eso es sublime!

MARQ. (*A Isabel.*) Ea, no perdamos tiempo. Hija mia, hasta la noche. Mira que te has de presentar radiante de hermosura... Tenemos que dar la batalla en todos terrenos!... Hasta la noche.

ENR. (*Estrechando las manos de su madre y de Isabel.*) Madre mia!... Isabel!... No sé cómo deciros...

MARQ. Calla: todo lo que nos digas valdrá menos que este apreton de manos! Ven conmigo. (*A Isabel.*) Hasta luego! (*Vase con Enrique por el fondo.*)

ESCENA VIII.

ISABEL.

Su esposa!... Con que voy á ser su esposa?.. Oh, ya no siento las lágrimas que me ha costado!... La Providencia ha retardado la hora de mi ventura, para que yo la oiga sonar con mayor regocijo. Esposa de Enrique!... Esta sola frase embellece y alegra estas paredes con su dulce eco!... No te abandonaré, casita mia! No, que sembrada estás de recuerdos de Enrique!... Por delante de esta ventana pasó á caballo la primera vez que le ví... Junto á este piano me dijo por vez primera: «Te amo!..» Oh, quisiera abrazaros á todos, queridos objetos mirados y tocados por mi amante!... No sabeis? Me caso con Enrique!... Voy á ser su esposa!... (*Riéndose.*) Pues no me he puesto á hablar con los muebles!... Voy á volverme loca

de alegría!... Ea, necesito sosiego. (*Toma asiento junto á la mesita de la izquierda.*) Voy á avisar á un antiguo amigo de mi padre, al general Pereira. Vicenta llevará la carta... (*Levantándose.*) No, mejor será que vaya yo misma. (*Se dirige al fondo y vé á Enrique, que entra por la puerta de este lado.*) Enrique!

ESCENA IX.

ISABEL.—ENRIQUE.

ENR. Vengo á decirte que á toda costa es preciso alejar de aquí al hombre que iba á tomar posesion de esta casa.

ISAB. Por qué?

ENR. Porque acabo de saber su nombre; Vicenta me lo ha dicho. Cuando pienso que ese infame libelista, ese calumniador público, ese Villar!...

ISAB. (*Sobresaltada.*) Se llama Villar?

ENR. Le conoces?

ISAB. Creo que sí!... No era hace seis años archivero del Ministerio de la Guerra?

ENR. Sí.

ISAB. No fué echado de allí por haber falsificado algunos documentos?

ENR. Sí!

ISAB. Y no recibió por castigo el desprecio universal!

ENR. Sí, durante dos años!.. Despues varió su situacion por completo. Rabioso y desesperado buscó por todas partes, y halló en sí mismo un arma y un poder formidables. Se hizo biógrafo, de la ralea de los *condottieri*, y se lanzó al mundo, pluma en mano, cubriendo de borrones los mas ilustres nombres contemporáneos. Con diabólica sagacidad escudriña los antecedentes de los hombres notables, les pide cuenta de hechos que desfigura, de palabras que trabuca, de proyectos que desnaturaliza. Acusa por los designios, cuando no puede acusar por los actos; y como es fecundo, incisivo, gracioso y elocuente, todo lo que escribe se lée, y todo lo que dice se repite de boca en boca. Villar es un miserable, un bandido, pero es una potencia!

ISAB. Calla, Enrique... Tus palabras me dan miedo.

ENR. Miedo, por qué?

ISAB. Sabes quién echó á Villar del Ministerio? Sabes quién descubrió su delito?... Mi padre!

ENR. Tu padre!... Y Villar no se ha vengado de él?... No ha procurado deshonrarle?

ISAB. (*Con indignacion.*) Deshonrar á mi padre! Cómo puede ser eso?

ENR. Cómo ha logrado difamar al general Colomba? Cómo ha reducido á la desesperacion al intendente Barreiro?

ISAB. Es cierto!

ENR. Oh, Villar cuenta con un auxiliar muy poderoso. La malignidad humana!... Goza tanto el mundo cuando vé derribar una estátua ! Todos los envidiosos se cuelgan de la soga para hacerla caer mas pronto y con mayor estrépito. No vemos agotarse en pocos dias numerosas ediciones de un infame libelo, en tanto que se apolillan en las librerías obras de mérito incontestable? Las personas honradas no se convierten, sin saberlo, en ecos del escándalo y en cómplices de la calumnia? Oh, créeme, Isabel mia!... Aleja de aquí á ese hombre funesto!... Procura que ignore siempre tu nombre y tu existencia.

ISAB. Sí, tienes razon!... Pero en vez de irritarle con el rompimiento del compromiso ya celebrado, dejaré que se posesione de la casa, y huiré de aquí dentro de dos horas, sin verle ni hablarle.

ENR. Dejar esta casa?

ISAB. Y qué nos importan ya esta casa, estos muebles, ni estos recuerdos?.... Qué necesidad tenemos de que esas paredes nos hablen de nuestro amor, cuando nosotros vamos á hablar de él toda la vida?

ENR. Sin embargo...

ISAB. Es preciso, Enrique!... No conservo yá mi antiguo valor... Desde que soy feliz, tengo miedo.

ENR. Sea lo que tú quieres: me conformo.

ISAB. Lo celebro. Vuelve ahora al lado de tu madre, en tanto que yo voy á informar de todo al general Pereira. En seguida dispondré la mudanza, y haré los preparativos de la presentacion de esta noche, procurando embellecerme... (*Sonriéndose.*) si puedo!

ENR. Coqueta!

ISAB. (*Haciendo una graciosa reverencia.*) Adios, señor marqués!..

ENR. Adios, señora marquesa!

(*Vánse Isabel por la derecha y Enrique por el fondo, saludándose con la mano al llegar á las puertas.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.—VICENTA.—*Entran ambas por la puerta del fondo. Vicenta trae en la mano un libro encuadernado en rústica.*

ISAB. Qué me cuentas? Con que el general Pereira ha venido á verme mientras que yo iba á su casa? Cuánto lo siento!

VIC. Tambien ha sentido el general no hallarla á usted.

ISAB. Habia llegado á sus oidos la noticia de mi próximo enlace?

VIC. No: venia á traer este libro, y me rogó encarecidamente que le pusiera en manos de usted sin dilacion alguna.

ISAB. Qué libro es ese?

VIC. No sé.

ISAB. Con qué objeto me lo ha traido el general?

VIC. No me lo ha dicho... Estaba como turbado y conmovido!...

ISAB. Al darte el libro?

VIC. Si, señora: hablaba consigo mismo, diciendo en voz baja, y con los ojos llenos llenos de lágrimas. «Mi buen amigo!... Mi antiguo compañero!...»

ISAB. Luego hablaba de mi padre!

VIC. Tal creo.

ISAB. Se ocupará de mi padre este libro?

VIC. Lo sospecho, porque el general añadió: «Diga usted á la señorita Isabel que lea este libro atentamente, y que volveré esta noche.»

ISAB. Y dices que el general tenia los ojos llenos de lágrimas?

VIC. Sí!

ISAB. Lágrimas de alegria?...

VIC. No lo sé á punto fijo... Estos militares viejos hacen unos gestos tan raros, que no es fácil conocer si lloran ó rien.

ISAB. Pues lloraba de alegría; no lo dudes! Mi feliz estrella no consiente que reciba yo un pesar en este dia!... Ea, vé á terminar nuestros preparativos, en tanto que hojeo este libro. (*Vase Vicenta.*)

ESCENA II.

ISABEL.

(*Leyendo el título del libro.*) «Memorias históricas de la guerra de la Independencia.» Ah, sí! Me parece que he oido hablar de este libro en términos muy lisonjeros. (*Empieza á recorrer las páginas.*) Descripciones de batallas.... Consideraciones políticas... Biografías de los caudillos.... No encuentro... Ah, una hoja doblada!... El nombre de mi padre!... (*Despues de leer para sí un momento.*) Oh, entiendo!... Entiendo!... El homenage debido á sus gloriosas hazañas!... (*Lée.*) «Por todos »los ámbitos de Portugal ha resonado el nombre del heróico »defensor del castillo de Ponto...» Así es! (*Continúa.*) «To»dos convienen en que no se hubiera rendido, si hubiese tenido »pólvora con que hacer volar la fortaleza...» Muy cierto!... Oh, padre mio! Moriste pobre y honrado! Qué mayor dicha? Vives en la memoria de nuestra pátria! Qué mayor gloria?... Veamos quién es el autor de este libro... No está su nombre en la portada... (*Vuelve una hoja.*) Aquí tampoco... Es anónimo!... Cuánto lo siento!

SANT. (*Dentro.*) Tengo que hablar con la señorita Isabel.

ISAB. Quién pregunta por mí?... No me dejarán leer con sosiego!

VIC. (*Dentro.*) No está en casa.

ESCENA III.

ISABEL.—DON SANTIAGO.—VICENTA *por el fondo.*

SANT. (*A Vicenta.*) Sí está, mírela usted!

VIC. (*A Isabel.*) No lo reciba usted, señorita. Es el loco de esta mañana!

SANT. Mas loca es usted, que no quiso aceptar mis coronas. Ahora écheles usted un galgo!

ISAB. Qué se le ofrece á usted, caballero? Pregunta usted por mi madre?

SANT. (*En tono afectuoso.*) No por cierto, señorita. Vengo á hablar con usted, uada mas que con usted. (*Vicenta se coloca entre ambos.*) Sin testigos, ni pantallas... (*Retira suavemente á Vicenta, pasando por delante de ella.*) Tranquilícese usted, buena mujer. La señorita no me mira con desconfianza.

ISAB. Retírate, Vicenta. (*Santiago indica por señas á Vicenta que se vaya. Esta se retira de mal talante, y al llegar á la puerta de la izquierda vuelve la cara. Santiago repite las señas, y dá algunos pasos hácia Vicenta, que se vá refunfuñando. Isabel pasa á la derecha.*)

ESCENA IV.

ISABEL.—SANTIAGO.

ISAB. Ya puede usted manifestarme el objeto de su visita.

SANT. (*Interrumpiéndola vivamente.*) Con que es cierto? Con que esta noche se verifica la presentacion? Al saberlo he tenido una alegria!... Pero como yo no podré asistir á la ceremonia, me he dicho: visitemos á la Isabelita por primera y última vez!... Y aqui estoy. Déme usted un apreton de manos!

ISAB. Caballero!

SANT. Qué diablos!... No niegue usted á un desgraciado una satisfaccion tan natural y sencilla.

ISAB. Pero quién es usted, caballero?... Cómo se llama usted?

SANT. Es verdad! No es fácil que usted me recuerde, porque no me ha visto nunca. Enrique tiene la culpa de que no nos conozcamos! Dice que el aliento de un diablo como yo, empañaría la frente pura de un ángel como usted.

ISAB. Enrique?...

SANT. Pero se equivoca. Yo creo que el ángel hubiera seducido al diablo!

ISAB. Pero Enrique?... ¡Ah! Es usted?...

SANT. Justamente! Soy el segundon de casa grande, el caballero sin caballo, el señor sin señoría, y por añadidura soy un calavera, un pillastre; en una palabra, Santiago de Urrea, servidor de usted.

ISAB. Cuánto me alegro de conocerle!... Ah, me apresuro á dar á usted un millon de gracias!

SANT. Por qué?

ISAB. Por todo lo que ha dicho en mi favor á la madre de Enrique!... Por haber despreciado la oferta que hizo á usted su tio don Agustin de Silva!

SANT. La de pagar mis deudas?... No lo crea usted. Mi tio no tiene pelo de tonto, y cuando se ofreció á pagar mis deudas, lo hizo porque estaba seguro de que yo no aceptaria sus condiciones.

ISAB. Negará usted tambien el afecto que me profesa?

SANT. Eso no! Confieso que la quiero á usted muchísimo... Cuando mi primo Enrique me lée las cartas de usted, lloro... á lágrima viva!... Y siento un placer!... porque digo para mi sayo: no seré tan malo como dice por ahí la gente, toda vez que me hace llorar esta angelical criatura!

ISAB. (*Dándole la mano.*) Ah, Santiago!...

SANT. (*Estrechándosela.*) No le dije á usted que nos habiamos de dar un apreton de manos? Ea, hablemos del objeto de mi visita... porque esta es probablemente la primera y la última que hago á usted, Isabelita.

ISAB. Se vá usted de Lisboa?

SANT. Mañana me embarco.

ISAB. Será muy largo el viaje?

SANT. Voy á Ultramar.

ISAB. Dios mio!

SANT. Sí, señora... Al otro mundo!

ISAB. Y por qué se ha de ir usted al otro mundo?

SANT. Porque este me aburre, hija mia. Qué tiene que hacer aquí un hombre? Ah, si hubiera yo nacido años atrás!... Con solo haber nacido hace cuatro mil años... En la época de los famosos bandidos mitológicos... Hércules, Teseo... Qué vida aquella! Andar todo el dia envuelto en una piel de leon, matando gigantes, mónstruos, hidras... Oh, una hidra! Quién podria decirme donde encontraría yo una hidra?

ISAB. (*Sonriéndose.*) Nunca las he visto! Lo que sí puedo decir á usted es el verdadero motivo de su viaje. Señor don Santiago de Urrea, cuánto perdió usted anoche en el juego?

SANT. Me pilló! (*Sacando una bolsa vacía.*) Responda esta por mí.

ISAB. Con que está usted arruinado?

SANT. Por completo.

ISAB. (*Con sencillez.*) Y qué le importa á usted?

SANT. Pues no me ha de importar?

ISAB. Nada! Si usted es pobre, nosotros somos ricos, y...

SANT. (*Mirándola con gozo y ternura.*) Qué buen corazon!... Vale mas oro que pesa!.. (*Variando de tono.*) Lo agradezco, Isabelita, pero no puedo admitir dádivas de nadie. Respecto á las deudas, pase: eso no deshonra sino á los tios que no las pagan. Pero vivir de limosna don Santiago de Urrea!... Jamás!

ISAB. Qué disparate! No haría usted lo mismo por nosotros?

SANT. Por usted daria yo alma y vida!

ISAB. Acepte usted, ó no creo en su amistad. Enrique me llamaba con frecuencia su ángel bueno. Quiero serlo de usted tambien!.. Yo me he visto pobre, y sé lo que valen el método y la economia... Nómbreme usted su administradora, y al cabo de algunos años será usted rico y feliz.

SANT. Cuánta bondad!.. Pero no, no : ya es tarde para eso.

ISAB. Vaya, primo; considere usted que en ello me hará un favor muy grande; porque hoy ha estado la felicidad en mi casa, y para conservarla necesito merecerla por medio de una buena accion. Sobre usted recaerá mi buena accion!

SANT. Sirena!... (*Pasa á la derecha.*) Eh , déjeme usted en paz! Habráse visto?... (*Pausa.*) Hablemos formalmente, Isabel: solo una consideracion podria determinarme á permanecer en Lisboa.

ISAB. Cuál?

SANT. Esta: puedo prestar á usted algun servicio de importancia? No tengo ni cinco reis, mas soy dueño de mi vida... Cierto que no vale gran cosa... pero así y todo, la quiere usted?

ISAB. La vida?

SANT. Sí, señora!... Desea usted por interés, por gusto ó por capricho que busque á un hombre, sea quien fuere, salga con él al campo, y nos rompamos la crisma?

ISAB. (*En tono de reprension.*) Señor de Urrea!

SANT. No le acomoda á usted el trato? Pues punto redondo. Y supuesto que no sirvo para nada, me marcho tranquilo y contento... No, lo que es contento!.. En fin... abur!

ISAB. Qué despedida! Parece que se vá usted para siempre!

SANT. Todo pudiera ser!... Vale tan poco la vida para el que, como yo, ha desperdiciado locamente sus mejores años!... Para el que, como yo, no ha conocido en su mocedad madre, ni hermana...

ISAB. Yo lo seré!...

SANT. Ya es tarde!... Ah, si hubiera yo encontrado una criatura como usted, habria sido capaz de... (*Riéndose.*) Já! já!.. A qué pensar en eso? Adios: si no nos volvemos á ver, algunas veces con Enrique haga usted conversacion del pobre Santiago... Adios, Isabelita! (*Vase precipitadamente por la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

ISABEL.

El cielo le inspire un buen pensamiento!.. Sus palabras me han causado una profunda tristeza... Me parece que la desgracia de este pobre mozo ha de ser precursora de otras mayores... Bah! Qué estoy diciendo?.. Qué puedo yo temer? (*Se sienta á la izquierda.*) No ha ido la marquesa á casa del tutor de Enrique? No le está hablando en favor mio? (*Toma el libro.*) Y este libro, que vá á despertar en todos los corazones el recuerdo del heroismo de mi padre, este libro no intercederá por mí con mas eficacia que nadie? Oh, ciertamente hay dias en que la Providencia nos trata como una madre cariñosa!.. Enviarme hoy, cuando mas lo necesito, este inesperado defensor, este amigo incógnito!..

ESCENA VI.

ISABEL.—LA MARQUESA, *por la puerta del fondo.*

ISAB. Ah, madre mia! No podia usted llegar mas á tiempo... Pero qué hay? Veo en su semblante una tristeza!..

MARQ. No sin motivo, Isabel!

ISAB. Pues qué tiene usted? Alguna noticia desagradable?..

MARQ. Mas que desagradable!.. dolorosa!

ISAB. Oh, qué bien ha hecho usted en venir! Yo la consolaré.

MARQ. No digas eso, hija mia... Si supieras el daño que me haces!..

ISAB. Nada; comuníqueme usted sus penas. Estoy segura de que antes de media hora la he de ver á usted tan alegre y risueña como yo. Vamos, hable usted!

MARQ. Vengo ahora mismo de casa del tutor de Enrique.

ISAB. Sigue en sus trece, no es verdad? Ya le convenceremos!

MARQ. Estaba ya convencido!.. Acababa de otorgar su beneplácito, cuando un golpe imprevisto vino á echarlo todo por tierra.

ISAB. Y qué golpe ha sido ese?

MARQ. Uno, que nos arrebata toda esperanza, porque ha lastimado lo que mas aprecia mi familia... Un tiro asestado contra la honra de tu padre!

ISAB. Contra la honra de mi padre!

MARQ. Sí: ha empezado á circular por Lisboa una especie afrentosa para tu padre...

ISAB. Quiero saberla!

MARQ. Un temible acusador, un libro que ha recibido don Agustin de Silva en presencia mia, considera como criminal la accion mas gloriosa de tu padre, la defensa del castillo de Ponto!

ISAB. La defensa del castillo?.. Ah, respiro!

MARQ. Qué dices?

ISAB. Oh, si hay calumniadores que atacan la buena memoria de mi padre, tambien hay amigos que la defienden!.. Y no es su defensor un libelo oscuro y despreciado, sino un libro... (*Va á la mesita y lo coje.*) Un libro, al cual todo el mundo dará crédito, porque dice la verdad!

MARQ. Dame. (*Lo toma.*) Cielos!.. Cómo, es este?.. Desventurada, no lo has leido?..

ISAB. (*Volviendo á tomar el libro.*) Que no lo he leido?.. A ver: «Por todos los ámbitos de Portugal ha resonado el nombre....»

MARQ. Mas adelante.

ISAB. (*Leyendo.*) «Todos convienen en que no se hubiera rendido...»

MARQ. Mas abajo... Aquí, aquí!

ISAB. (*Leyendo.*) «Será cierto, como nosotros demostraremos casi evidentemente, que aquella celebrada defensa no fué sino una disimulada traicion?» Una traicion!

MARQ. Prosigue.

ISAB. (*Leyendo.*) «Será cierto que el general sitiador ofreció secre-«tamente doscientos mil francos al coronel Aureiro, y que el «castillo se rindió cuarenta y ocho horas despues de haber «sido hecha esta proposicion al gefe de la fortaleza?» (*La Marquesa recoje el libro.*) Qué infamia!.. Oh, padre mio!.. Tu nombre pisoteado como el de un traidor!..

MARQ. Valor, hija mia!

ISAB. Valor!.. Pero no considera usted que millares de personas han leido ya ese horrible libelo?

MARQ. Isabel!

ISAB. Que es incalculable el número de las que todavia lo han de leer?

MARQ. Por Dios!

ISAB. Y mi pobre madre tan abatida y enferma!.. Oh, ese libro será un rayo para mi madre!... Dios mio, yo no puedo hacer nada en defensa del honor de mi padre... Nada absolutamente...

Ni siquiera decir á su calumniador: «has mentido!..» porque ignoro quién le ha calumniado... Dónde se oculta ese hombre?.. Quién es?.. Cómo hallarle?.. (*Dando un grito.*) Ah!

MARQ. Qué tienes?

ISAB. (*Con terror.*) Estamos perdidos!.. Lo adivino todo!.. Sé quién es.

MARQ. Quién?

ISAB. Sí, él es... El hombre mas temible de Lisboa!

MARQ. Pero quién?

ISAB. Villar!

MARQ. (*Aterrada.*) Villar!.. Fué Pedro Villar enemigo de tu padre?

ISAB. Mi padre descubrió su villana condicion, y le arrojó del puesto que ocupaba.

MARQ. Y este libro es su venganza!.. Conozco bien á Villar!

ISAB. Le conoce usted!

MARQ. Desde hace muchos años: no habia sido aun funcionario público. Pero extraño que un hombre tan audaz se haya valido del anónimo.

ISAB. Lo ha hecho asi para herirnos con mas seguridad!.. Para no verse obligado á retractarse!.. Ah, todo lo comprendo!.. Estamos perdidos!.. (*Cae sentada en una silla á la izquierda del espectador.*)

MARQ. Serénate, hija mia!.. No hay que perder la razon en estos críticos momentos. Reflexionemos un poco: Villar cita las palabras textuales del general enemigo, copiando en una nota la carta, que este dirigió á tu padre, ofreciéndole una suma de dinero. Tienen algun valor esas pruebas?

ISAB. Ninguno!.. Todo es falso!.. (*Levántase.*) Pero, no... Aguarde usted... Yo hago memoria... Sí! Una proposicion de esa especie debió ser hecha á mi padre, toda vez que mi padre respondió...

MARQ. Por escrito!

ISAB. Sí, señora; respondió por escrito lo siguiente: «Quien pretende comprar á un hombre honrado, es un miserable capaz de venderse.»

MARQ. Soberbio!.. Tienes esa carta?...

ISAB. No... pero sé donde se halla!

MARQ. Dónde?

ISAB. En el archivo del Ministerio de la Guerra.

MARQ. En el archivo?

ISAB. Sí, sí... Ya lo recuerdo todo!.. Mi padre me refirió esa historia... Allí está su carta con la del general enemigo. Juntas las depositó allí mi padre, sin duda por inspiracion divina!

MARQ. Nos hemos salvado!.. Ven á mis brazos, hija de mi alma!.. La publicacion de esa honrosa negativa confundirá á Villar, enalteciendo la memoria de tu padre. Ven, ven, corramos! (*Ve á Enrique.*) Mi hijo!.. (*Aparte á Isabel.*) Ni una palabra!..

ISAB. Entiendo.

ESCENA VII.

Dichos.—ENRIQUE, *que entra por la puerta del fondo.*

ENR. (*Dando un paso atrás.*) (Mi madre aqui!... Sabrán algo?)
ISAB. (*Con fingida alegria.*) Cómo tan pronto, querido Enrique?... Tu visita es casual?
ENR. (*Sonriéndose.*) Casual?... Ingrata!... Llamas casualidad á mi amor? (*Se acerca á Isabel.*) Pero qué tienes?... Estás pálida!
ISAB. Yo!...
ENR. (*Mirando á la marquesa, que nó ha podido disimular un movimiento de sobresalto.*) Y usted tambien, madre mia!
MARQ. Yo!...
ENR. (*A su madre.*) Me parece que ha llorado usted.
MARQ. Llorar?...
ENR. (*Mirando á Isabel.*) Sí: las dos.
ISAB. Claro está! Hemos llorado... de alegría!
ENR. Yá!... (*Pausa.*) Perdona mi curiosidad: qué libro es ese?
ISAB. (*Haciendo un movimiento de asombro.*) Este libro...
ENR. Isabel... lo sabes todo!
ISAB. Sí, pero no te alarmes! Esa calumnia vá á quedar destruida por un testigo irrecusable de la lealtad de mi padre.
ENR. Sí, ya sé... Las dos cartas, de que me has hablado algunas veces, depositadas por tu padre en el archivo del Ministerio.
ISAB. Sí.
ENR. Pues han desaparecido!
MARQ. / ISAB. } Gran Dios!
ENR. Así que mi tio don Agustin de Silva me enseñó ese libelo, fuíme volando al archivo... Las cartas habian sido sustraidas!
ISAB. Por quién?
ENR. Por Villar.
MARQ. Quién te lo ha dicho?
ENR. Nadie... Pero estoy seguro de ello! Villar preparó su venganza al perder su destino de archivero. Y qué venganza!... Publicar una oferta que es una acusacion, suprimiendo la repulsa de tu padre, que es una justificacion completa! Oh; no nos hagamos ilusiones! Nuestra situacion es horrible! Porque al cabo, la carta del sitiador del castillo es auténtica? Sí! Compromete á tu padre? Sí! Podemos destruir su efecto? No!... A no ser por medio de la contestacion, que tiene Villar en su poder.
MARQ. Pero... y nuestras protestas? Y nuestra indignacion?
ENR. Nuestra indignacion no es una prueba: nuestras protestas darán mayor importancia al libelo. Villar redoblará sus ataques. (*Saca un periódico.*) Sin ir mas lejos, aquí tienen ustedes un diario, que repite hoy esa abominable calumnia.
MARQ. Tan pronto!

ENR. Dando á Villar un solemne mentís, lograremos parar el primer golpe; pero, como carecemos de pruebas, al poco tiempo empezarán á dudar los escépticos, al cabo de algunos dias dirá la gente por lo bajo: «cuando el rio suena...» y dentro de tres meses tendrá la mentira toda la autoridad de cosa juzgada.

ISAB. Y la verdad?... Y la verdad?

ENR. Nuestra sociedad se contenta con la verosimilitud.

MARQ. Y las personas honradas?

ENR. Las personas honradas son tímidas y hablan en voz baja... Los calumniadores son audaces y gritan sin cesar! (*Vá á su izquierda y se apoya en la repisa de la chimenea.*)

MARQ. Esto es espantoso.... Un desalmado ha de poder turbar nuestra felicidad, encerrarnos en un círculo de hierro, condenarnos á la desesperacion, y nosotros no hemos de hallar un medio de defensa?

ENR. (*Volviendo.*) Hay uno, madre mia... Nada mas que uno!

ISAB. Cuál?

MARQ. Ah, tiemblo!...

ENR. Isabel, respóndeme: si tu padre viviera, qué haría?

ISAB. (*Con acento de ira.*) Qué haría mi padre?

MARQ. (*Yendo á taparle la boca.*) No contestes!

ENR. (*Deteniendo el brazo de su madre.*) Ya ha contestado!

MARQ. Hijo mio, por piedad!

ENR. Ya he dicho á usted que no hay otro arbitrio.

MARQ. / ISAB. } Un duelo!

ENR. Solo la fuerza puede arrancar á Villar la confesion de sus iniquidades.

ISAB. Vas á tirar de la espada por causa mia?

ENR. (*Estrechándole las manos.*) Por quién he de hacerlo, si no lo hago por tí?

MARQ. Ay, desventurado, tú no conoces á ese hombre!... Pelea á golpe seguro!... Ya tiene dos muertes sobre su conciencia!

ISAB. Dos muertes!... Enrique, Enrique, en nombre del cielo!...

ENR. No lograreis intimidarme. Ya es necesario que un hombre de corazon castigue á esos calumniadores de oficio!... Sí, es indispensable hacer un ejemplar!

ESCENA VIII.

Dichos.—VICENTA *por la puerta del fondo.*

VIC. Señorita, don Pedro Villar desea saber si puede ya tomar posesion de estas habitaciones.

ISAB. (*Aterrada.*) Villar!

ENR. (*Lanzándose á la puerta.*) El cielo me lo envia!

MARQ. Detente!

ISAB. Enrique, por piedad!...

ENR. No, yo no puedo tolerar que se ultraje impunemente la memoria de tu padre!

ISAB. Un favor te pido, Enrique!

ENR. Cuál!

ISAB. Concédeme nada mas que media hora para arrancarle á ese hombre su secreto, é inducirle á que se retracte. Olvidas que el libro es anónimo, y que si se obstina Villar en negar que es suyo, serán inútiles nuestros esfuerzos?

ENR. Y qué vas á decirle?

ISAB. No lo sé... Mi amor filial me inspirará! Vete, Enrique mio: te lo pido por Dios.

ENR. No!

ISAB. (*A la marquesa.*) Aléjele usted de aquí!

MARQ. Ven, hijo mio! Te prometo que si la inspiracion de Isabel y otro recurso, que yo he de tentar, no dan fruto, confiaremos á tu espada nuestra defensa.

ENR. No!...

ISAB. Media hora, Enrique!... No te pido mas que media hora!

ENR. Me resigno... Pero ni un minuto mas!

ISAB. Bien, bien... Retírense ustedes! Por aquí... Aguárdame en la habitacion de mi madre. (*Enrique, empujado por Isabel y arrastrado por la marquesa, se dirige hácia la izquierda. Vánse por la puerta de este lado madre é hijo.*)

ESCENA IX.

ISABEL.—VICENTA.

VIC. Digo á ese caballero que puede pasar?

ISAB. (*Muy agitada.*) Todavia no. (*Baja al proscenio.*) Qué le diré? Cómo le haré confesar?... Dios mio, ved que soy una pobre criatura que no conoce el finjimiento, y mi enemigo es un hombre astuto y disimulado.!.. Ved, Señor, tambien que me propongo defender la honra de mi padre!... Tened piedad de mí! Dadme fuerzas para ahogar mis lágrimas y mi indignacion! Dadme ingénio para obligar á ese hombre inícuo á que se despoje de su máscara, reduciendo su ira á la impotencia cuando le haya arrancado la confesion de su crímen! (*A Vicenta.*) Que pase. (*Vase Vicenta.*) Ea, valor!

ESCENA X.

ISABEL.—VILLAR, *por la puerta del fondo.*

VILL. Señorita, perdone usted mi estremada exactitud: deseaba tener la honra de conocer á usted, y ofrecerle mis respetos.

ISAB. (*Temblorosa.*) Caballero... (No puedo dirigirle la palabra!)

VILL. Está usted indispuesta, señorita? Oh, si mi presencia es importuna!...

ISAB. (*Precipitadamente.*) No se vaya usted, caballero; no, no!... Mi dolencia no merece cuidado... (*Con amabilidad.*) Ya pasó. En todo caso yo me retiraría, porque usted está en su casa.

VILL. Favor de usted!... (Qué rostro tan bello!)

ISAB. (No sé por dónde empezar!)

VILL. Ahora bien: quiere usted convencerme de que estoy realmente en mi casa?

ISAB. Convencerle á usted?... De qué modo?

VILL (*Con una silla en la mano.*) Dispensándome la honra de tomar asiento, aunque no sea mas que por breves instantes.

ISAB. Gracias, caballero... (*Se sienta.*) (Qué suplicio!)

VILL. (*Yendo á tomar otra silla.*) (No he visto mujer mas bonita!) (*Se sienta.*) Aprecio el favor de usted; y me atrevo á preguntarle si á título de inquilino podré algunas veces visitarla con el objeto de ponerme á sus órdenes.

ISAB. (*Observándole.*) Yo me tendré por muy dichosa, recibiendo en mi casa al hombre de mas talento que hay en Lisboa.

VILL. (*Inclinándose con fatuidad.*) Señorita!...

ISAB. (Es vanidoso!)

VILL. (Me adula!... Querrá pedirme algun favor?) Conque tengo la honra de que usted me conozca?

ISAB. Quién no le conoce á usted, caballero?

VILL. Quisiera ser menos conocido, con tal de verme mas apreciado.

ISAB. Eso pasa á todos los hombres que tienen mucho...

VILL. Mérito, queria usted decir!

ISAB. Me referia á otra cualidad.

VILL. Ah!.. (Me he equivocado.)

ISAB. Enemigos tienen todos nuestros historiadores contemporáneos... Por ejemplo: don Sebastian de Castro...

VILL. Don Sebastian de Castro!.. Quite usted allá! Un nombre tan clasicote en una boca tan fresca y tan juvenil!

ISAB. En cambio pronuncio el nombre de usted con mucha mas frecuencia.

VILL. De veras?.. Oh, no hay cosa que halague tanto la vanidad de un autor, como verse elogiado por una mujer jóven, viva y hermosa.

ISAB. (*Jugueteando con el libro.*) Caballero!..

VILL. (*Reparando en el libro.*) Oh, veo que en efecto es usted aficionada á lecturas sérias! Ese libro...

ISAB. Este?

VILL. Se titula, si no me engaño: «Memorias históricas de la guerra de la Independencia.»

ISAB. Las ha leido usted?

VILL. Las he... hojeado. Qué le han parecido á usted?

ISAB. A mí!.. Habia yo de ponerme á juzgar en presencia de usted una obra tan importante!.. Qué opina usted de ella?

VILL. Diga usted primero su opinion: yo se lo ruego. Tengo algunos motivos para reservar la mia.

ISAB. Ah, no señor.

VILL. Se lo suplico á usted.

ISAB. Si usted se empeña...

VILL. Sí señora.

ISAB. En ese caso le confesaré que este libro me ha conmovido profundamente... Es decir: me ha encantado!

VILL. De veras?

ISAB. Usted dirá que tengo mal gusto...

VILL. (*Interrumpiéndola.*) No por cierto.... Al contrario!... Pero... bajo qué punto de vista le agrada á usted mas ese libro?

ISAB. Bajo todos aspectos. La delicadeza del estilo!... El interés de la narracion!... La sátira tan incisiva!... Por lo demás no hay de qué admirarse conociendo el autor.

VILL. Le conoce usted, señorita?

ISAB. Sí, señor, pero quisiera conocerle todavia mas.

VILL. (*Con satisfaccion.*) Bueno!... Con que sabrá usted su nombre?

ISAB. Ya lo creo!

VILL. Cosa mas singular!... Pensaba yo... habia oido decir que ese libro era anónimo.

ISAB. Muy cierto; pero no tiene el sello de su autor en cada página?

VILL. Y de quién es, señorita?

ISAB. De quién ha de ser, sino del mas célebre escritor de Portugal?... Del ilustre...

VILL. Del ilustre?...

ISAB. Sí, del famoso historiador don Sebastian de Castro.

VILL. (*Con enojo.*) De Castro? Se figura usted que Castro ha escrito esa obra?

ISAB. Sí señor: así me lo han asegurado. Y quién si no él sabe enlazar las relaciones trágicas con los episodios burlescos? Quién si no él?..

VILL. Cuidado, señorita... No aventure usted su juicio... porque yo tengo motivos para asegurar que esa historia no es de don Sebastian de Castro.

ISAB. (*Procurando conservar el tono ligero de la controversia.*) Pues yo seguiré creyendo que es suya, hasta que vea pruebas en contrario.

VILL. (*Sonriéndose.*) Con que si yo le doy á usted pruebas evidentes?...

ISAB. Usted mismo?... (*Conteniéndose.*) Vamos, caballero... Eso es imposible.

VILL. Y si le digo á usted el nombre del verdadero autor?

ISAB. El nombre?.. En ese caso... Pero no! Repito que es imposible. Pues qué, no están diciendo á voces este estilo, esta gracia, esta elocuencia?...

VILL. Por favor, señorita!... Mi modestia no puede soportar tantos elogios!...

ISAB. Su modestia?... Acaso el autor de este libro?...

VILL. Soy yo.

ISAB. (*Con esplosion de ira.*) Usted?... Ah, lo confiesa!... (*Levantándose.*) Pues bien, señor mio; supuesto que usted ha escrito este libro, sepa que yo me llamo Isabel de Aureiro.

VILL. (*Aturdido.*) Aureiro!...

ISAB. Esa palidez me revela que usted me ha comprendido.

VILL. (*Colérico.*) Me ha tendido usted un lazo!

ISAB. Le he arrancado á usted la máscara!

VILL. Niña, usted se arrepentirá de su atrevimiento; porque, al arrancarme la máscara, se le aparece á usted el juez... El juez ofendido y vengador!

ISAB. No me asusta su presencia!... Caballero, sé que mi padre le causó á usted una herida mortal; sé que tiene usted fama de vengativo y cruel; sé que inspira usted miedo á los hombres mas animosos. Yo no le temo. Confio en usted, solo porque tiene facciones humanas; pues si desoyese usted mi súplica, no seria un hombre, sino un mónstruo!

VILL. Y qué especie de súplica!...

ISAB. Confiese usted que le han engañado, y ofrézcame retractarse.

VILL. Retractarme?... Señorita, yo no me retracto jamás! Cuando afirmo un hecho, es porque me consta su certeza.

ISAB. Pues el hecho es falso!

VILL. Tiene usted pruebas que lo contradigan?

ISAB. Las tiene usted para confirmarlo?

VILL. Las tengo.

ISAB. Donde están?

VILL. Señorita, por favor, no insista usted... Harto penoso es mi deber!..

ISAB. Llama usted deber al acto de infamar la memoria de un hombre honrado?

VILL. De un hombre honrado!.. Yo respeto y defiendo á todos los que son dignos de esa calificacion; pero los que la usurpan, los que se finjen héroes, siendo traidores...

ISAB. Señor de Villar!..

VILL. Perdone usted, señorita; pero usted me interroga, y debo contestarle. Sí, á esos los persigo, los azoto sin piedad! Cada cual tiene en el mundo su mision, y esta es la mia. Verdad que me llaman libelista... pero qué importa? Tengo un poder que vence y domina todos los obstáculos... Mi conciencia.

ISAB. La conciencia de usted?.. (*Dominándose.*) Pues bien, á su conciencia apelo, porque no pido una gracia, sino la confesion de la verdad, nada mas que de la verdad!.. Usted se ha constituido juez de mi padre... Quién le acusa? Hay pruebas escritas? Ensémeñelas usted. Hay testigos? Que comparezcan. Aduzcan ellos sus pruebas, y yo presentaré las mias, que no son palabras sin sentido, ni correspondencias mutiladas... No señor! Vendrán aqui centenares de testigos... Los veteranos que han peleado á las órdenes de mi padre, los gefes á quienes ha obedecido, los amigos que lloran todavia su muerte!.. Si es necesario vendrá tambien mi madre... Mi pobre madre!..

Ah, caballero, no puedo mas!.. Míreme usted á sus plantas! (*Se arrodilla.*)

VILL. Señorita!.. (*La levanta.*)

ISAB. Ya no le hablo ni de derecho, ni de justicia, no!.. Quiero deberlo todo á su bondad. Confieso que tuvo usted motivos de queja contra mi padre; mas por lograr una venganza estéril, no sacrificará usted la vida de tres personas, qué no le han hecho mal alguno. No lo dude usted, caballero; este libro es una triple sentencia de muerte! Mi madre anciana y enferma será la primera víctima!.. Tres años hace que el marqués de Urrea y yo nos amamos... Si esta mancha no se borra, jamás se verificará nuestro enlace! Verdad, caballero, que usted no quiere hacer derramar tantas lágrimas? Oh, no aparte usted la vista!.. Atiéndame usted!..

VILL. Señorita, siento en el alma haber causado á usted un pesar tan grande; pero, ya lo he dicho: me consta la certeza de lo que he consignado en esas memorias; y en el cumplimiento de mis deberes... soy inflexible!

ISAB. (*Muy indignada.*) Villano... maldito seas!... Te atreves á llamar deberes á tus infamias! Te atreves á dar el nombre de mision á tu vil oficio! Malditos seais tú y todos los de tu ralea!.. Vuestro castigo no ha de consistir únicamente en el desprecio con que os miran los hombres honrados... Caerán tambien sobre vuestras cabezas la execracion y el anatema de todas las mujeres! Madres, hijas y esposas ultrajadas por vosotros en sus mas caras afecciones, os dicen hoy por mi boca: «Invasores del hogar doméstico... enemigos de la gloria pública y de la virtud privada... destructores de la paz y del honor de las familias... en nombre de las familias todas, malditos seais!...»

VILL. (*Con voz sorda.*) Vete de aquí... niña!.. Vete pronto!...

ISAB. Sí, te dejo á solas con tu conciencia, cuya voz te está anunciando que pronto hará el cielo contigo lo que yo hago con tu infame libelo! (*Rompe el libro en dos pedazos, y se los tira á Villar, el cual se dirige á ella con ademan amenazador.*)

VILL. Insensata!... (*Conteniéndose.*) Si no fuese una miserable mujer!

ESCENA XI.

Dichos.—ENRIQUE, *que ha salido algunos momentos antes, se acerca á Villar, y le agarra por un brazo.*

ENR. Figúrese usted, caballero, que he sido yo quien le ha tirado ese libro á la cara!

VILL. (*Con feroz alegria.*) Ah, qué placer! Un duelo!...

ENR. A muerte!
(Isabel, que se habrá dirigido á la izquierda sin ver á Enrique, se vuelve al oir las palabras anteriores.)
ISAB. *(Dando un grito de terror.)* Enrique!..
ENR. *(Cojiéndola de una mano y llevándosela por la puerta de la izquierda.)* Silencio! *(Al desaparecer de la escena, dirige una mirada amenazadora á Villar, el cual le contesta del mismo modo. Cae el telon.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Es noche: luces en el velador y en la mesita.

ESCENA PRIMERA.

VILLAR, *sentado junto al velador.*

Cómo me late el corazon!... Todavia resuenan en mis oidos las palabras de aquella niña... A punto estuve de decirle: «Tome usted esta carta!...» (*Saca un papel del bolsillo.*) Y qué prueba esta carta?... La inocencia de su padre?... Qué sé yo!.. El que se propone ejecutar una traicion, lo primero que hace es escribir: «Jamás seré traidor!» Por otra parte, no fué enemigo mio el coronel Aureiro? No me quitó mi empleo, no procuró mi deshonra? (*Pausa.*) Cómo lloraba la infeliz!... Y luego al maldecirme, parecia dotada de un poder sobrenatural... Terrible cosa es verse de aquella manera execrado! (*Llevándose la mano al corazon.*) Si al menos tuviera aquí tranquilidad y ventura... Pero qué vida arrastro tan miserable! Cuando las personas, que me deben favores, me encuentran en público, antes de darme la mano miran á su alrededor avergonzadas. De noche sobre todo, cuando me retiro á casa, y enmedio de este silencio y de esta soledad se agolpan á mi memoria todos los desaires que he sufrido durante el dia... Oh, entonces se apodera de mi corazon un ódio febril; y en verdad que, si me vieran, me compadecerian mis mayores enemigos! (*Pausa.*) No podria yo renunciar á este género de vida? Pasan con rapidez los años... Qué vejez tan triste me espera! (*Pausa.*) A cada instante tropiezo con uno de esos escritores, hombres de bien á carta cabal, cuya pluma ha sido siempre generosa y digna. Al verlos se apodera de mi alma

un sentimiento de vergüenza y envidia. No hay quien deje de saludarles con respeto! La gente fija en ellos los ojos con simpática espresion!... Qué dicha, la de ser blanco de tales miradas!... Si yo pudiese algun dia... Y por qué no?... (*Se levanta.*) Yo tengo tanto talento como esos escritores... Quién puede impedir que una mañana publique yo en todos los periódicos la confesion de mis felonías, y pida perdon á Dios y á los hombres, inaugurando así mi vida nueva? Qué accion tan sublime! Qué efecto causaría en Lisboa!... (*Con desaliento.*) Sí, durante un dia!... Se hablaría del asunto en los teatros, en el casino... y á la mañana siguiente se dirian mis enemigos unos á otros: No sabe usted lo que pasa? Villar se ha vuelto imbécil!... (*Riéndose con amargura.*) El arrepentimiento de Villar!... Cosa mas divertida!... Con qué algazara todos los que me aborrecen y por temor me adulan, acometerian luego al tigre desdentado, dándole puntapiés como á un cobarde falderillo! Qué horror!... Al fuego el sayal de la penitencia! Tengo yo la culpa de que Dios ó el diablo me hayan condenado á ser un látigo? Ea, maldecidme todos!... Vuestras maldiciones atestiguan mi poder! Sí, á despecho de vuestros anatemas, lograré encumbrarme! Necesito un puesto oficial, y lo ocuparé!... Quiero mas: quiero verme atendido y considerado!... Quiero que los hombres mas ilustres de Portugal vengan aquí, á mi casa!...Y vendrán! (*Coge una pluma y la mira extasiado.*) Oh, pluma!... pluma!... Con el auxilio de este frágil instrumento adquiero riquezas, placeres y honores; impongo silencio á la trompeta de la fama, desgarro los corazones; triunfo hasta del desprecio público!... Oh, no reconocen límites mi orgullo y mi alegría!

ESCENA II.

VILLAR.—UN CRIADO.

VILL. Quién es? Quién me busca á estas horas?

CRIAD. Han traido estas cartas para Usía.

VILL. Dámelas. (*El criado se las entrega y vase en seguida. Villar se sienta y abre una de las cartas.*) Hola! Del general Pereira, compañero de glorias y fatigas del coronel Aureiro... Qué me querrá este buen señor? (*Lée para sí.*) Fanfarronadas!... Dice que me acusará ante el rey, si no me retracto. Ahí me las den todas! (*Tira la carta sobre la mesita y abre otro papel.*) Del comendador don Agustin de Silva, hermano de la marquesa de Urrea... (*Lée con la vista.*) Vaya, este se contenta con acudir á los tribunales, si no canto la palinodia! (*Deja la carta y toma otra.*) Y esta?... Ah, del marquesito de Urrea! La esperaba. (*Leyendo.*) «Caballero, al amanecer me presentaré en casa de usted con mis padrinos: aguárdeme usted con los suyos.» (*Pone la carta sobre la mesita y se levanta.*) Cor-

riente. Señor general, me rio de las chocheces de Vuecencia.. Señor comendador, me burlo de los tribunales de Usía... Señor marqués, acepto el desafío. Este es mi terreno! He sido insultado y tengo que lavar esta mancha con una estocada de mano maestra. (*Pausa.*) A fé mia que siento habérmelas con el marquesito! (*Pensativo.*) Mis antiguas relaciones con su familia... He visto nacer á ese niño... No quiero matarle! Nada, nada, voy á ser generoso! La herida no será mortal.

CRIAD. (*Presentándose en la puerta del fondo.*) Una señora desea hablar con Usía.

VILL. Ha dicho su nombre?

CRIAD. No señor.

VILL. (*Sobresaltado.*) Conoces tú á doña Isabel de Aureiro?

CRIAD. No es ella.

VILL. (*Tranquilo.*) Que pase. (*Vase el criado.*)

ESCENA III.

VILLAR.—LA MARQUESA (*por el fondo.*)

VILL. (*Sin poder reprimir un movimiento de sorpresa.*) (¡La marquesa!..)

MARQ. Me conoce usted, caballero?

VILL. No tengo... la honra...

MARQ. Ah!... Con que no se acuerda usted de la marquesa de Urrea?

VILL. No hago memoria... Pero dígnese usted tomar asiento!

MARQ. (*Sentándose en la silla que le presenta Villar.*) Me maravilla que sea usted tan olvidadizo!.. Tendré que despertar sus recuerdos refiriéndole una historia.

VILL. (*Sentándose tambien.*) Oiré á usted con sumo gusto.

MARQ. Hace mas de veinte y cuatro años... La historia es breve, aunque la fecha es larga. Ejercía por ese tiempo las funciones de ayuda de cámara de mi marido un mozo muy despierto, muy astuto y audaz. Creo que se llamaba Pedro... Sí, ese era su nombre, Pedro. Vá usted recordando?

VILL. No señora.

MARQ. Prosigo: el marqués de Urrea fué nombrado embajador de Portugal en Inglaterra, y al despedirse del ministro recibió de manos de éste un pliego de instrucciones muy importantes y reservadas, como que se trataba nada menos que de una cuestion dinástica, y el gobierno queria resolverla en un sentido contrario á los intereses que patrocinaba la Rusia. Volvió el marqués á casa á las altas horas de la noche, llamó á su ayuda de cámara para que le desnudase, y metió el pliego en una cartera, que dejó sobre una mesita á la cabecera de su cama. A la mañana siguiente, cartera y pliego habian desaparecido: pocas horas mas tarde el embajador de Rusia destruía por completo todos los planes del gobierno portugués. Era pues, evidente que las instrucciones habian pasado de la alcoba de

mi marido á la embajada rusa. Recayeron las sospechas de tan infame accion sobre el ayuda de cámara; y practicadas con sigilo y perseverancia las averiguaciones oportunas, resultó probado que Pedro habia vendido el pliego al embajador de Rusia por no sé cuantos centenares de rublos. Recuerda usted ya?

VILL. Menos que antes, señora.

MARQ. Cosa mas singular!... Pues voy á concluir: ciego de ira el marqués, cogió por los cabellos á su traidor criado, le arrastró por el suelo, y le hubiera matado como á un perro, si el miserable no hubiese echado á correr, viniendo á refugiarse á la estancia donde estaba yo con mi hijo Enrique en los brazos. Todavía estoy viendo á aquel hombre!... (*Villar oculta el rostro avergonzado.*) Pálido como la muerte, salpicado el rostro de sangre, liado á mis piés y asido fuertemente á mis ropas, tartamudeaba estas palabras: Por la vida de ese niño!... Por la vida de ese niño!...

VILL. Basta, marquesa!...

MARQ. Llegó furioso mi marido, y cuando iba á descargar un golpe mortal sobre el infiel criado, mi hijo y yo salvamos á éste la vida, sirviéndole de escudo! Perdonado á ruegos mios, salió de casa, y al cabo de algunos años consiguió sin dificultad un empleo en el archivo del Ministerio de la Guerra, porque el marqués tuvo la generosidad de callar siempre el nombre del delincuente. Supongo que ya se acuerda usted de todo.

VILL. (*Con despecho.*) No señora!

MARQ. (*Levantándose.*) Esa obstinacion me obliga á decir lo siguiente: el hombre que ejecutó aquella infamia, Pedro Villar, eres tú.

VILL. (*De pié y con ira reconcentrada.*) Así, generosa marquesa, así!... Gócese usted en echarme en cara una accion, perdonada hace veinte y cuatro años!... Oh, válgale á usted la soledad que nos rodea; pero líbrela Dios de acusarme en público de un delito, del cual no existen pruebas!

MARQ. Pruebas?... Para qué las necesito?... Yo no dirijo mi voz á los tribunales, sino á tu conciencia! Oyeme: has resuelto matar en desafío á un hombre, cuya vida debe ser para tí sagrada... Pedro Villar, acuérdate de que ese hombre es mi hijo!

VILL. Está usted soñando, marquesa!.. Yo no tengo duelo pendiente con su hijo... Tranquilícese usted....

MARQ. Quieres engañarme!

VILL. Repito que...

MARQ. (*Dirigiendo á su alrededor una mirada escudriñadora, y apoderándose de la carta de Enrique, que encuentra abierta sobre el velador.*) Ah! y esta carta de Enrique?

VILL. (*Quitándole violentamente la carta.*) Traiga usted!...

MARQ. Me la arrebatas!... No necesito saber mas.

VILL. (*Con despecho.*) Ni yo quiero ocultar lo que el infierno se empeña en descubrir!... Sí, marquesa: su hijo de usted y yo tenemos concertado un duelo... Pongo á Dios por testigo de que no es mia la culpa! Yo marchaba por mi camino, y Enrique

me ha salido al paso... Me ha insultado, me ha escarnecido y á la vez me ha desafiado!... Qué habia yo de hacer?

MARQ. Rehusar el combate.

VILL. Ah, entiendo!... Usted viene, como doña Isabel de Aureiro, á pedirme que me retracte de la acusacion, que he fulminado contra un coronel traidor á su pátria!

MARQ. Te equivocas, Villar. Cierto es que me indigna verte profanar con mano cobarde las cenizas de un héroe, en cuya presencia temblabas!... Cierto es tambien que el dolor de doña Isabel me ha partido el alma!... Pero desde el momento en que peligra la existencia de mi hijo, todo lo demás me es indiferente! Calumnia á las personas honradas, huella los nombres ilustres, esparce la desolacion en el seno de las familias, haz todo el mal que quieras... pero respeta la vida de mi hijo!

VILL. Y piensa usted lograr por medio de esas injurias lo que no alcanzaría ni con súplicas humildes? Que respete la vida de su hijo!... De qué manera? Rehusando el desafio? Su hijo de usted me escupiria al rostro! Combatiendo sin defender mi vida? Su hijo de usted me la quitaria al primer golpe! En verdad, marquesa, que si usted me salvó la vida para disponer de ella á su antojo, mejor hubiera sido dejar que me matasen en la ocasion pasada.

MARQ. Sí, Villar; mejor hubiera sido! Por última vez: insistes en llevar á cabo ese desafío?

VILL. Es mi deber.

MARQ. No te dice tu conciencia que mientes?

VILL. No señora.

MARQ. Pues yo te anuncio que esa voz del alma, hoy ahogada en tu pecho, te aturdirá mañana, cuando tengas á mi hijo frente á frente! Allí estaré yo tambien, visible solo para tí! Mis ojos clavados en los tuyos te traerán á la memoria el momento en que me pedias por la vida de mi hijo el perdon de tu vida! Atormentado por este recuerdo, apartarás la vista, fijándola en tu adversario, cuyas facciones llenas de fuego te harán pensar en las de su padre. Sí, creerás que se levanta contra tí la airada sombra del viejo marqués de Urrea!... Sobrecogido de espanto no acertarás á defenderte; temblará en tu mano la espada, y la de mi hijo irá recta y firme á tu corazon!... Ya ves que la ventaja está de nuestra parte: tú fias en tu destreza, y nosotros en un poder mas fuerte... En el de Dios!

ESCENA IV.

Dichos.—UN CRIADO.

CRIAD. Señor, un caballero pregunta por Usía.

VILL. No puedo recibir á nadie!... Necesito quedarme solo!... Acompaña á esta señora hasta la puerta.

CRIAD. Dice ese caballero que Usía le recibirá en sabiendo su nombre.

VILL. Cómo se llama?
CRIAD. El señor de Urrea.
MARQ. (*Como herida de un rayo.*) Mi hijo!!... (*Acercándose á Villar y cogiéndole las manos.*) No le recibas... Por Dios te lo ruego!... Olvida mis locas amenazas!... Ten compasion de una pobre madre!
CRIAD. (*Señalando á don Santiago que se presenta en la puerta del fondo.*) Aquí está.
MARQ. (*Corriendo hácia el fondo.*) Enrique!...

ESCENA V.

Dichos.—SANTIAGO.

SANT. Soy yo, tia!
MARQ. Ah!... Santiago!
SANT. (*Aparte á la Marquesa.*) Nada tema usted.
MARQ. Y Enrique?
SANT. No se verificará su desafio.
MARQ. Me lo prometes?
SANT. Lo juro.
MARQ. En tí confio!
SANT. Aguárdeme usted en las habitaciones de doña Isabel. (*Conduce de la mano á la Marquesa, que se retira por la puerta de la izquierda. El criado vase por la del fondo.*)

ESCENA VI.

VILLAR.—SANTIAGO. (1)

SANT. Dispense usted, caballero. Tengo el honor de dirigirme al señor don Pedro Villar?
VILL. Servidor... Tome usted asiento.
SANT. (*Sentándose en la silla que le indica Villar.*) Mil gracias.
VILL. (*Tomando asiento tambien.*) Y qué se le ofrece á usted?
SANT. Poca cosa!... No vengo mas que á levantarle á usted la tapa de los sesos.
VILL. (*Retirando un poco su silla.*) Eh!...
SANT. Lo dicho.
VILL. (*Mirando fijamente á su interlocutor y soltando luego una carcajada.*) Já!... já!... De veras?... Já!... já!... já!... Chancero es usted como un demonio!... Me alegro á fé mia!... Tambien yo soy un poco burlon...
SANT. No hay burla que valga!... Ya se convencerá usted de ello, con solo prestarme cinco minutos de atencion.

---

(1) On ne saurait trop recommander aux artistes qui joueront le róle de don Guillen («Santiago.») de jouer toute cette scene en comédie et non en drame. (NOTA DEL ORIGINAL FRANCES.)

VILL. Cinco minutos?... Y media hora tambien! Por la muestra se conoce el paño, y la que usted me ha dado es deliciosa... Con que vaya usted echando varas!... Precisamente estaba yo de mal humor, y necesitaba algun esparcimiento... Já! já!... Vaya un modo de empezar su arenga un hombre á quien no conozco, ni he visto en mi vida!

SANT. Tampoco yo le conocia á usted.

VILL. Tampoco? Soberbio! Prosiga usted, caballero.

SANT. Prosigo. Aquí donde usted me vé, he sido poseedor de cuarenta mil escudos, que me he comido en un santiamen.

VILL. Nos parecemos estraordinariamente... Yo he despabilado ya sesenta mil.

SANT. Pues señor, decia yo para mi sayo, cuando no me queden mas que cien escudos los emplearé en un billete de pasage, á bordo de un vapor, que me transporte á América, donde volveré á probar fortuna. Cuando yo tengo un propósito entre ceja y ceja, lo ejecuto sin remedio. No sé si he dicho á usted que desciendo de aragoneses... Téngalo usted por sabido. Para abreviar: ayer se tragó el juego mi última moneda, volví á casa, tomé los cien escudos que habia puesto aparte, hará cosa de un año, me fuí al puerto, y compré este billete, (*Enseña un papel.*) que me servirá hoy á las seis de la mañana, para lanzarme al Occéano, en un vaporcito que se llama ¡*El terror del universo*! Desde esa ventana podrá usted verlo, así que amanezca.

VILL. Bien; muy bien!... Pero fué mejor aquel exabrupto!...

SANT. Aguarde usted hasta el fin: seguro estoy de que le ha de parecer digno del principio. Esta noche he dado á mis amigos una cena de despedida, porque un calavera no ha de tomar las de Villadiego, como algun funcionario público, que anochece y no amanece... Pues, señor, la conversacion giraba sobre varios asuntos, y por último se habló de los calumniadores, de los infames libelistas... En una palabra: se habló de usted.

VILL. Esto marcha! Ya veo que la cena ha sido fuerte.

SANT. No ha sido floja, pero vamos al caso. En aquel momento entró en el comedor un primo mio, hombre de corazon como pocos, el marquesito de Urrea: nos refirió la última fechoría de usted, el insulto que á usted ha dirigido, y el contenido de la esquela, que acababa de enviarle.

VILL. Sí, aquí la tengo. (*Saca un papel de un bolsillo, y lo tira sobre el velador.*)

SANT. De improviso una idea iluminó como un relámpago mi mente. «Voto al chápiro, dije para mí, la ocasion es magnífica! Mi vida »no ha sido muy ejemplar, mi conciencia no está tranquila... »Antes de esponerme á los percances de la mar, me conviene »ejecutar una buena accion... Voy á matar á ese tunante!»

VILL. Bravo! ¡Sorprendente! Y cómo piensa usted realizar su proyecto?

SANT. Pché!... de la manera mas natural y sencilla.

VILL. Permítame usted que le haga una pregunta. Está usted enamorado de la hija del coronel Aureiro?

SANT. Qué disparate! No, se lo juro á usted. Esto es puramente un caso de conciencia. He pensado que allá arriba me tomarán esta accion en descargo de mis culpas. Mire usted: para los asesinos, existe el verdugo; para los pueblos corrompidos, la esclavitud y las epidemias; para los criminales que están por cima de la ley, Dios inventa un castigo, un azote especial... Pues bien; yo soy el que á usted le ha tocado.

VILL. Me permitirá usted al menos que tome algunas disposiciones? (*Se vuelve hácia el velador.*)

SANT. (*Con urbanidad.*) Sí, señor: nada mas justo. (*Villar toca la campanilla.*) Qué hace usted?

VILL. Llamar á mis criados para que le planten á usted en la calle.

SANT. Ah, señor mio, eso es abusar de mi confianza! (*Se aproxima á Villar y le enseña el cañon de una pistola, qne monta en el acto. Preséntase un criado en la puerta de la derecha.*) Mande usted á ese criado que se vaya, y prohíbale volver, ó le mato á usted como á un perro.

VILL. (*Asombrado.*) Eh!.. Será usted capaz?...

SANT. Si señor: de hacerlo como lo digo. Ya he dicho á usted que desciendo de aragoneses... Conque despida usted á ese hombre, ó si no...

VILL. (*Al criado con voz temblorosa.*) Vete!...

SANT. Añada usted: y no vuelvas.

VILL (*Al criado.*) Y no vuelvas. (*Vase el criado.*) (Esto se pone malo.)

SANT. Perfectamente!... Ah, no hay que perder tiempo! Tiene usted, segun me dijo, que tomar algunas disposiciones? Aprisa! (*Saca el reló.*) Son las cinco y cuarto... A las cinco y veinte ha de quedar usted seco de un pistoletazo, y yo he de saltar por esa ventana, para llegar al vapor antes de las seis. Conque despáchese usted... (He dado con la hidra que buscaba!)

VILL. (*Con terror.*) Pero... vá usted á asesinarme?. .

SANT. No señor!

VILL. (*Con alegría.*) Ah!

SANT. Aquí no se trata de un asesinato, sino de la ejecucion de un reo. (*Villar hace un movimiento de espanto.*) Hola!... Tienes miedo!...

VILL. Oigame usted: he estado en la guerra, he tenido veinte desafíos, y nunca he temblado... Pero morir así, sin defensa, como se degüella á un animal... Lo confieso: sí! me dá miedo!

SANT. Tanto mejor!

VILL. (*Suplieante.*) Un desafío!...

SANT. Un desafío?... Parece que les has cobrado aficion!... (*Mira el reló.*) Las cinco y veinte.

VILL. (*Con energía.*) Pues bien, sea! Máteme usted! Tire usted á un enemigo inerme! (Titubea!...) Asesine usted á un hombre como Villar, en vez de convertirle...

SANT. En qué diablos quieres que te convierta?

VILL. En alguna cosa grande y útil!
SANT. Tú?..
VILL. (*Tocándose á la frente*) Esto vale mucho!
SANT. (*Señalándole al pecho.*) Pero eso no vale nada!
VILL. Repito que mi poder es grande; y viviendo podría hacer en un año tanto bien, como mal he hecho en diez años; pero usted no quiere que yo viva... Máteme usted, máteme usted!
SANT. Eres hábil!... Pero á mí no me seduces con palabras huecas.
VILL. Nada de palabras, hechos!
SANT. Uno solo puede salvarte. (*Apuntándole con la pistola y señalándole la mesita de la derecha.*) Siéntate allí y escribe lo que yo te dicte: luego me darás el papel y yo te regalaré en cambio mi billete de pasage para que en lugar mio te vayas á América, donde puedes dedicarte á calumniar á los cocodrilos y á difamar á las panteras. Manos á la obra! (*Dirige constantemente el arma contra Villar, el cual atraviesa el proscenio bajo la impresion del miedo, y se sienta en el lugar indicado.*) Escribe: «He calumniado al coronel Aureiro...»
VILL. Y esto ha de llevar mi firma?
SANT. Claro está!
VILL. (*Con rábia.*) No, jamás!... Prefiero morir cien veces!
SANT. (*Yendo á sacar la pistola, que ha guardado momentos antes en el bolsillo.*) La primera corre de mi cuenta.
VILL. (*Con terror.*) Un momento no mas!... Si hubiese otro medio de justificar al coronel...
SANT. Cuál?
VILL. (*Haciendo un esfuerzo.*) Si yo pudiera salvar su honra sin perderme...
SANT. Mejor seria que te perdieses al mismo tiempo... Pero en fin, qué medio es ese?
VILL. (*Siempre con dificultad.*) Cierto papel, una carta...
SANT. Una carta?... (Ya pareció aquello!)
VILL. La cual, si se publica, rehabilitará el buen nombre del coronel Aureiro...
SANT. Dónde está esa carta?
VILL. (*Haciendo el mayor esfuerzo, y llevándose la mano al bolsillo.*) Está aquí!...
ENR. (*Dentro.*) No, madre mia, ni un minuto mas!
SANT. Quién viene?
VILL. (Me he salvado!)

ESCENA VII.

Dichos.—ENRIQUE.—LA MARQUESA.—ISABEL.—*Los tres por la izquierda. Empieza á amanecer.*

ENR. (*Furioso.*) Pronto, Villar!... Abajo nos esperan.
ISAB. (*Cogiendo á su amante de un brazo.*) Enrique!
MARQ. Hijo mio!

VILL. (*Con aplomo á Isabel.*) Conténgale usted, señorita! De ello depende la honra del coronel Aureiro.

ENR. Te atreves á invocar?... Cobar...

VILL. Silencio!

SANT. (*Sujetando á Enrique.*) Déjale hablar!... (Qué farsa habrá improvisado?)

VILL. Aquí mismo, hace un instante, han pretendido arrancarme una firma, y para ello han empleado amenazas y violencias, que han sido inútiles, porque no hay poder humano que fuerce mi voluntad.

SANT. (Qué descaro!)

VILL. Existe sin embargo un documento, una prueba... que yo no poseia, señorita, cuando nos vimos.

SANT. (Mentira!)

VILL. (*Sacando una carta del bolsillo.*) Una prueba, que yo haría pedazos, si alguno de ustedes quisiera arrebatármela, porque ya he dicho que no cedo jamás á la fuerza!... (*Santiago se rie.*) Pero lo que no logran las amenazas de un hombre, lo consiguen las lágrimas de una mujer, y mas todavia las de una mujer tan bondadosa y tan bella como doña Isabel de Aureiro! (*Ofreciéndole el papel con galantería.*) Tome usted, señorita.

ISAB. (*Apoderándose de la carta.*) Ah, nos hemos salvado!... Esta es la contestacion de mi padre al general enemigo!

SANT. (*Aparte á Villar.*) Farsante!

VILL. (*Idem á Santiago.*) Calle usted, por Dios!

ISAB. Enrique!... Madre mia!... Nuestra felicidad es completa! Y la tuya tambien, Santiago; porque ya no partirás!...

ENR. Habias resuelto marcharte?

VILL. Sí, en el vapor que dentro de media hora, se dá á la mar con direccion á Rio Janeiro; pero ya no puedo irme, porque el señor Villar me ha suplicado que le ceda mi billete.

ISAB. De veras?

SANT. (*Aparte á Villar.*) Diga usted que sí. Este el precio de mi silencio.

VILL. Sí señores... Tengo en el Brasil una empresa...

SANT. Una colosal empresa... biográfica!

VILL. Justamente. Voy con permiso de ustedes á tomar mi equipage...

SANT. Vamos allá!

MARQ. Tú tambien?

SANT. Yo no me separo de este caballero hasta dejarle en el buque. Le he cobrado una aficion! Además me ha ofrecido espontáneamente escribir una carta, delarándose autor de las «Memorias históricas» y reconociendo la inocencia del coronel Aureiro.

ENR. Tanta generosidad!...

VILL. Tengo la obligacion de decir siempre la verdad.

SANT. (*A la Marquesa.*) Es un santo!

VILL. (*Haciendo una profunda reverencia.*) Señoras, beso á ustedes...

SANT. (*Colocándose delante de Villar, y poniéndole la pistola al pecho.*) Pronto, que es tarde! (*Villar hace un movimiento de despecho, y vase por la puerta de la derecha seguido de Santiago.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUE.—ISABEL.—LA MARQUESA.—*Luego* SANTIAGO.

ENR. Cosa mas estraña!...
MARQ. Me parece haber adivinado...
ISAB. (*Interrumpiéndola.*) Madre mia, Enrique, silencio!
SANT. (*Por la puerta de la derecha.*) Isabelita?
ISAB. Ah, Santiago!... Todo lo he comprendido!
MARQ. Nuestra gratitud será eterna!
SANT. Basta, basta: no puedo detenerme ahora. Mi hidra está haciendo la maleta, y yo no he salido mas que para preguntar á ustedes si se dan por satisfechos con la deportacion de Villar.
ENR. Mayor castigo merecia!
SANT. Sí?... Pues todavía estamos á tiempo. Voy á expedirle otro pasaporte! (*Saca la pistola y se vuelve hácia el fondo.*)
ISAB. (*Cogiendo de un brazo á Santiago.*) Detente! Villar se retira á un pais remoto: las cenizas de mi padre quedan honradas: nosotros vamos á ser felices. Olvido y perdon!

FIN DE LA COMEDIA.

Los teatros de las provincias satisfarán los derechos de cada representacion de esta comedia, con arreglo á la siguiente tarifa:

TEATROS.	Rs vn.
1.ª clase.	120
2.ª idem.	80
3.ª idem.	60
4.ª idem.	50
5.ª idem.	40
6.ª idem.	30
7.ª y 8.ª idem.	20

Yndice.

1. Amor paternal.
2. El dinero y la opinion.
3. El vizconde de Commarin.
4. El niño de noventa años.
5. El primito.
6. El rey de los primos.
7. El preceptor y su muger.
8. Noche toledana.
9. Despues de la boda.
10. Las biografias.